

La Ilustración Artística



AÑO XXII

← BARCELONA 11 DE MAYO DE 1903 →

NÚM. 1.115



S. M. la Reina D.^a ISABEL II, en los primeros tiempos de su reinado
Retrato atribuido á Vicente López y que actualmente posee D. José Bertrán y Musitu

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el undécimo pliego de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea. Ola europea*, por Emilia Pardo Bazán. - *Pensamientos.* - *S. M. la reina doña Isabel de Borbón. Su vida. Su palacio de Castilla*, por Pedro Coll. - *Desde Melilla*, por Federico Pita. - *Desenlace*, por A. Sánchez Ramón. - *Nuestros grabados.* - *Problema de ajedrez.* - *Pequeñas miserias*, novela ilustrada (continuación). - *Crónica científica. Inventos y novedades*, por Al'ler-Will. - Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. - *S. M. la reina doña Isabel II, en los primeros tiempos de su reinado*, retrato atribuido á Vicente López. - *S. M. la reina doña Isabel II*, último retrato fotográfico hecho en París por M. Neyrouth. - *El palacio de Castilla*, residencia de S. M. la reina doña Isabel II en París. - Gran salón y despacho de S. M. la reina doña Isabel II. - *Retrato de S. M. el rey D. Alfonso XIII*, pintado por Félix Mestres. - Cuatro reproducciones fotográficas de episodios de la guerra de Africa ocurridos en Melilla. - *Gitana*, cuadro de Estanislao Maslowski. - *Regreso del baile*, cuadro de Nicolás Sierra Alvarez. - *La tumba del suicida*, cuadro de W. Kotarbinski. - *Fantasia*, cuadro de K. Rozynski. - *Busto*, modelado por Trencatoste. - *Francisco Cilea.* - Aparatos para la telegrafía sin hilos. - Automóviles de M. P. Selmershein y de C. S. Rolls. - Aparato químico-automático para la extinción de incendios. - *Los cinco hijos de los príncipes de Gales*, grupo fotográfico de T. Ralph.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

OLA EUROPEA

Este nombre merece la invasión de congresistas que ha sufrido Madrid - y cuando escribo *sufrido*, debiera escribir *gozado*, porque invasiones de tal género nos son muy necesarias.

No se trata únicamente del provecho material que reportan los forasteros á los hoteles (más ó menos dignos de este nombre), las fondas, fondines, casas de huéspedes, posadas y otras variantes del género; no se trata de las ganancias de simones, teatros, etc..., sino del beneficio más elevado y tal vez hasta más práctico, que entraña la presencia en Madrid de tanto sabio y tanta gente, por lo menos, culta y respetable. Es un estímulo, es un ejemplo, es un medio de despertar pensamientos, ideas y comparaciones que han de servirnos de salud.

* *

Entre nuestros médicos no faltan eminencias y reina en general un buen espíritu: son laboriosos, estudiosos, serios y honrados, con las excepciones que el inteligente lector adivinará, y que no pueden menos de registrarse en toda regla general aplicada al hombre... No son los médicos lo peor de la casa: no por cierto; mas así y todo, en este ambiente poco favorable al desenvolvimiento de la labor científica, tienen que recibir como viva corriente de aire, excitadora de energías, la presencia de esos colegas que vienen de países donde el laboratorio, la clínica, el sanatorio, son instituciones nacionales; donde las cuestiones de higiene y salubridad figuran en primera línea entre las que preocupan la pública atención, y donde se habla tanto de un invento en el campo de la cirugía, como aquí de la última cornada que le atizó el toro al último torero en la parte más posterior de su individuo...

Despiertan estas visitas una noble emulación, y se toma, bien tomado, á punto de honra, lo que en circunstancias normales tal vez se mira con aconchada indiferencia. Así, verbigracia, en estos días nos jactamos muy alto de que el Laboratorio municipal de Madrid fué fundado antes que el de París, y funcionó tres años antes, precediendo también al de Barcelona y al de Bilbao. Y en efecto, es una excelente nota en nuestra hoja de servicios. Este Laboratorio - entre paréntesis - puede salvar diariamente muchas vidas, haciendo que no nos adulteren con demasiado descaro lo que comemos y bebemos. Ni se calcula el bien que hace un Laboratorio municipal funcionando con regularidad y sin contemplaciones á industriales ávidos, falsificadores y envenenadores.

* *

Asusta leer cómo se sofistican los alimentos, qué combinaciones químicas preceden á las del fogón, no menos químicas, pero más inocentes; qué viene en la cesta de la plaza, qué dejan los abastecedores

sobre la mesa de la cocina; qué sirven en los cafés, qué absorbemos sin desconfianza en el buffet de un baile. Sulfatos de cobre, sales de plomo, tomañas, triquinas, leche descompuesta, carne en estado de putrefacción, quesos semovientes, salchichones que encantarían á los Borgias - sin hablar del pan amasado con cal y con humano sudor y otras secreciones... - y no prosigamos por este camino, pues el pan es una de mis repugnancias y de mis horrores profundos, desde que he leído y sobre todo presentado los pormenores de su fabricación. El pan y el vino... dos elementos, casi indispensables en Occidente, pero que si han de ser amasados con los pies, vale más no probarlos y estoy por decir que ni verlos. Yo envidio á los pueblos comedores de arroz: el arroz no tiene que sufrir operación alguna, sino las que el propio consumidor quiera. Nosotros, del hermoso trigo rubio, hacemos, en fétidos recintos, una impura masa. Más feliz en eso el labrador de mi pobre aldea que el ciudadano, él mismo se amasa y cuece su torta de maíz. Las descripciones de las tahonas madrileñas espantan. No he querido entrar jamás en una tahona. Aun sin entrar, el bollo doradito que se entrepate medio cubierto por la nivea servilleta, no me inspira sino recelo. Dicen que no conviene mirar de cerca y por dentro cosa alguna en este mundo, porque, á mirarla, ni el estómago podría recibir el alimento, ni el alma conservaría la fe. Pero es inevitable que á veces se rompa el velo y aparezca lo que encubría; y entonces pueden quitársele á la pobre criatura humana las ganas de comer... ó de vivir, que viene á ser lo mismo.

* *

Estos días tenemos, con la compañía de los Coquelin, á pasto teatro de Molière. El abono gruñe, sale amostazado del teatro, porque Molière no es plato, ni para el gusto general actual, ni para el gusto español de siempre. Yo declaro que sí me agrada, ahora, más que el teatro romántico de Hugo y más que el teatro sentencioso de Dumas hijo. Hay en Molière un verdor de buen sentido, una frescura vivaz, una observación certera, una gracia continua, que degenera en bufonada raras veces, y aun dentro de la bufonada conserva aticismo. Además, Molière, por lo humano de su sátira, es moderno todavía: hay defectos y manías de que donosamente se burla, que nunca dejarán de existir, aunque varíe su nombre.

Ved, por ejemplo, *Tartuffe*. La época de *Tartuffe* ha pasado: el jansenismo, Port Royal, el aura de rigidez y de intransigencia que sopló sobre Francia con tal fuerza, ya es no más un recuerdo en la historia de la conciencia y de la fe. Sin embargo, *Tartuffe* encarna una manera de ser, la hipocresía, y la hipocresía no desaparece, aunque se modifiquen sus manifestaciones y cambie su ambiente peculiar. Hay hombres hipócritas, sin capa de religión, con capa hasta de ateísmo. Sí; el ateo puede ser un *Tartuffe*. Aparenta virtudes, si no creencias; aparenta amor á la humanidad, si no amor á Dios. ¿Qué fué el incorruptible Robespierre, sino un *Tartuffe*... vuelto del revés?

Ved el *Bourgeois gentilhomme*. Podemos calificarlo de *comedia* de figurón, y Monsieur Jourdain es como el héroe de *Entre bobos anda el juego*, un fanfuche ridículo, una exagerada caricatura. Pero bajo la bufonada, que si se acentúa una línea más es ya pantomima de circo, bajo las grotescas peripecias de la «ceremonia turca», hay un sentido de lo real tan persistente, un alma de verdad, que establece una distancia incalculable entre la obra de Molière y otras, externamente, de su mismo género. Todos los personajes del *Bourgeois gentilhomme*, así los que representan el buen sentido como el que encarna la vanidad llevada hasta la fatuidad y la insensatez, son verdaderos y actuales. No importa que Monsieur Jourdain vista la bata rameada del caricato y se cubra la cabeza sin seso con gorro blanco que sujeta amarilla cinta: no por eso deja de ser un *snob* contemporáneo, que habla, piensa y procede como los *snobs*. Para él, la humanidad se divide en aristocracia y clase media: para él, no hay más vida que la vida «elegante»; á trueque de rozarse con gente de la alta esfera á que aspira, sacrificará gustoso, no sólo su fortuna adquirida á fuerza de honradez y trabajo, sino su paz doméstica y la felicidad de su hija, y se encontrará suficientemente recompensado cuando un noble sin dinero le llame amigo y una marquesa le haga una reverencia de corte. Como todos los tipos *representativos* de Molière, Monsieur Jourdain es un hombre que va directamente á su desarrollo y á su satisfacción pasional, sin que le puedan desengañar ni hacer retroceder una pulgada, en el camino de perdición y de monomanía, las ad-

vertencias, consejos, burlas, amonestaciones, lágrimas y gritos de cuantos están á su alrededor. Estos locos parciales, de que el mundo está lleno, lo verían desplomarse y desquiciarse y seguirían impávidos hacia el objeto de su locura. En los caracteres del teatro de Molière aparece de realce lo que acaba de decir, y es el mayor mérito del gran autor cómico francés. El espectador, ante el *Avaro*, ante Monsieur Jourdain, ante Orgon, ve y conoce que se trata de maniáticos; y aun cuando el espectador tenga sus propias manías, dominado por el arte, se ríe de las ajenas. Hay algo de trágico, en el fondo de las comedias de Molière; hay una hiel secreta, el *surgit amari aliquid*, la fuerza del sino, la ley de cada alma, que se dirige como fatalmente adonde la arrastran sus inclinaciones convertidas en vesanias. Tristes son, en el fondo, en medio de la carcajada sana que provocan, el avaro, el misántropo, el hipócrita, el vanidoso; la misma intensidad de su manía, retratada de mano maestra por Molière, nos abruma como abruma lo fatal, lo irremediable.

A la mayoría de los abonados sospecho que no les ha convencido este repertorio de Molière. No es teatro de acción, sino de frase; la poca acción que encierra no es imprevista, ni animada, ni sorprendente; no hay enredo; hay psicología..., y no entendiendo completamente, á fondo, el idioma, no se perciben los delicados matices del pensamiento, no se saborean las sales del diálogo. Las *finezas* se pierden.

* *

Con motivo de estas *tournées* de actores extranjeros, la eterna cuestión de los sombreros de las señoras ha vuelto á plantearse. No se oye más que renegar de ellos; el que paga su asiento quiere ver, y no ve sino una mínima parte de la persona de Zacconi ó de Coquelin, por entre las alas reunidas de dos pamelas monumentales. Todo está dicho, repetido hasta la saciedad, en lo que á esta cuestión respecta, y ya por manoseado no debe repetirse, puesto que tampoco el machaqueo de la prensa consigue que las señoras se decidan á ir en pelo á las butacas. Algunas van, es cierto; pero la mayoría sostiene la tradición y la costumbre.

Y aquí es el caso de exclamar, parafraseando á la monja mejicana: «O hacednos cuál nos queréis, ó comprended que seamos cual somos.» A la mujer se la dirige por el sendero de la rutina: á la mujer se la censura por todo lo que hace ó dice contra los hábitos inveterados; y sólo en casos particulares como este del sombrero en las butacas, quisieran los hombres verla rompiendo, con gallardos arrosos, el yugo de la costumbre, y prescindiendo del recelo á lo desconocido... Y la mujer, dócil al impuesto rumbo, no se presta á tales innovaciones: ¡qué se habrá de prestar! Con sombrero va á las butacas desde hace cincuenta años, con sombrero seguirá yendo otros cincuenta, hasta que no haya ni sombreros, ni butacas, ni teatros, ni esté vivo nadie de los que sostuvieron esta campaña, sino que todos se encuentren ya arrellanados en el lecho de reposo desde el cual se ven los espectáculos de otro mundo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Un hombre que varía de opinión se figura que la hace olvidar cambiando también de fanatismo.

AQUILES TOURNIER.

La naturaleza vive de transacciones, de transiciones y de conciliaciones: imitémosla.

D'ESTOURNELLES DE CONSTANT.

La mejor parte de nuestra felicidad aquí en la tierra se compone de la que damos á los demás.

ADOLFO LAIR.

Para agradar á los demás es menester hablar poco de lo que á nosotros nos interesa y mucho de lo que les afecta á ellos.

VALERY-RADOT.

Comprenderlo todo, es perdonarlo todo.

TOLSTOI.

La desgracia es tan necesaria al hombre como la sombra al cuadro.

JUAN SIGAUX.

Quien mucho sabe, mucho duda.

J. MICHELET.

Creer con demasiada facilidad en la transmisión de los males por herencia ó por contagio, es estimular la cobardía que renuncia á combatirlos.

G. M. VALTOUR.

He podido gobernar con la corriente de los acontecimientos pero no he podido dirigirla.

BISMARCK.



SU VIDA ÍNTIMA

EL PALACIO DE CASTILLA

No es tan fácil como parece poder penetrar en el palacio de Castilla. Para saber algo, es preciso conocer á alguien que quiera iniciaros en lo que tras aquellos muros ocurre. Esto he tenido que hacer en las actuales circunstancias, en que el luto riguroso que S. M. lleva la impide recibir á quienes solicitan audiencia de la augusta señora, madre y abuela de reyes, que por tantas alegrías y glorias y tristezas y disgustos ha pasado.

Fueron alegrías las victorias de Africa, últimas en tierra firme, y el combate del Callao, última de las

dían pagar la pensión. ¡Cuántos socorros concedidos! ¡Cuántas buenas palabras prodigadas para consolar á los desgraciados y aligerar el peso de su miseria!

La reina, que no se ocupa para nada de la política, sólo se preocupa del amor de sus hijos, de su querida familia y sus pobres. Esto es todo.

Siente adoración por su augusto nieto y admiración y cariño maternal por doña María Cristina. Admira en ella la madre que se ha sacrificado por ver llegar á su mayor edad un niño que nació delicado y gracias á su amor goza hoy de una salud inmejorable.

La vida de la reina doña Isabel es muy metódica y sencilla.

Levántase á las nueve de la mañana, y después del desayuno, abre su correspondencia y recibe al jefe de su casa, el conde de Parcent, que viene á tomar órdenes de la hora fijada para el paseo de la tarde. Da á menudo audiencia á varias personas y á la una se sienta á la mesa para la comida. Es de notar que á pesar de estar la reina tantos años alejada de España y sus costumbres, no ha perdido la de comer á la española y cenar á las ocho de la noche, entremezclando en la excelente cocina francesa platos genuinamente españoles, que manda á buscar al restaurant que tiene Robles en la calle de Helder. La infanta doña Eulalia come todos los días con su augusta madre, presidiendo el otro centro de la mesa, frente de S. M.

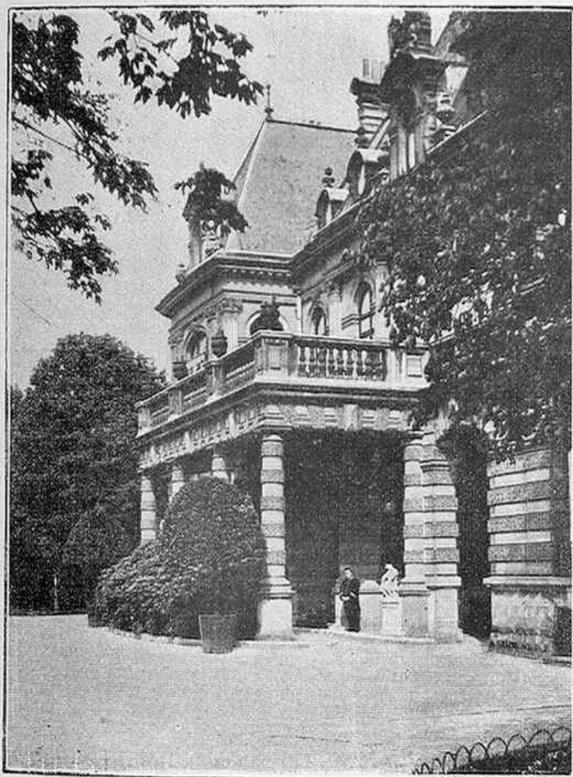
Después de la comida ocúpase del detalle de la correspondencia. Hacia las cuatro, la reina sale á pasear, regresando á palacio antes de las seis y media en invierno y entre seis y siete en verano. Sus habituales paseos son: Versailles, Saint Cloud, el Bois de Boulogne, cerca y alrededor de los lagos, apartándose del bullicio de la Avenida de las Acacias. Algunas veces se apea del coche, y ora del brazo de la infanta doña Eulalia, ora del de su dama la duquesa de Almodóvar del Valle, ó bien apoyada en un bastón muletilla, se la puede ver andar por la Avenida de la reina Margarita con paso firme y seguro, alta la cabeza, la mirada viva expresiva y bondadosa, con la sonrisa en los labios, saludando á cuantos al verla se quitan el sombrero ó á las señoras que se inclinan ante tan ilustre dama, que todos conocen y á quien se complacen en rendir acatamiento. Siempre lleva la reina una bolsa de las llamadas retículo, la que contiene una suma para dar limosnas á los pobres que á su paso encuentra, limosnas que da por su propia mano.

Antes, no hace de ello mucho tiempo, la reina iba todos los días á dar una vuelta, según antigua costumbre de la época del Imperio, por el Palais Royal, deteniéndose ante los escaparates y comprando mil cosas, y era allí muy popular, pues fomentaba el comercio. Hoy esta costumbre ha cesado, y además, aunque la reina goza de una perfecta salud, no le permiten que se exponga á las corrientes de aire y humedad, que pudieran perjudicarla bajo de aquellas arcadas.

Al regresar á palacio, recibe en audiencia privada á los grandes de España de paso por París y á las otras personas notables de España y extranjeras indicadas por el jefe de palacio. Luego, y en espera de la hora de cenar, dedica su tiempo á los asuntos administrativos y personales con su secretario particular M. Altmann, que ha ordenado la administración de la reina de modo inmejorable.

Más de una vez he tenido el alto honor de ser recibido por la reina y siempre he hallado igual acogida. Conoce mi amor á Cataluña, y con frases que brotan del corazón y gran sentimiento del alma me ha dicho: «¡Cuánto me hubiera gustado residir entre vosotros! ¡Qué bonita es Barcelona! ¿Debe haber cambiado mucho desde aquella época?»

Se acuerda, como si fuera ahora, de su llegada á



EL PALACIO DE CASTILLA, residencia de S. M. la reina doña Isabel II en París

navales; tristezas, su destierro, siendo para ella un lentivo la buena acogida que tuvo siempre en este París; alegría, la de ver á su hijo proclamado rey de España, en Sagunto; tristeza, el perder á su hija la infanta doña Pilar; alegría, el matrimonio de su hijo D. Alfonso XII; tristeza, el fallecimiento de la malograda doña Mercedes; alegría, el casamiento con doña Cristina; tristeza, la muerte de su querido hijo; alegría, el nacimiento de D. Alfonso XIII; tristezas, las guerras de Cuba y Filipinas; alegría, la mayoría del rey; tristeza, la muerte de D. Francisco. Pero entre todas las tristezas, la mayor es hallarse tan lejos de España, á la que tanto quiere y de la que tanto se acuerda, porque adora al país y al pueblo.

Cualquier español que viva en París es recibido con los brazos abiertos en aquel suntuoso palacio de Castilla. Es muy apreciada y casi popular en París; posee aquella *chevalerie* de alma que esparce una aureola de gran simpatía y respeto en torno suyo. La caridad de S. M. la reina doña Isabel II para con los pobres es inagotable.

¡Cuántos beneficios recibidos! A tal familia dió el pan; á tal otra dió colocación á sus hijos; allá facilitó la educación de los niños cuyos padres no po-

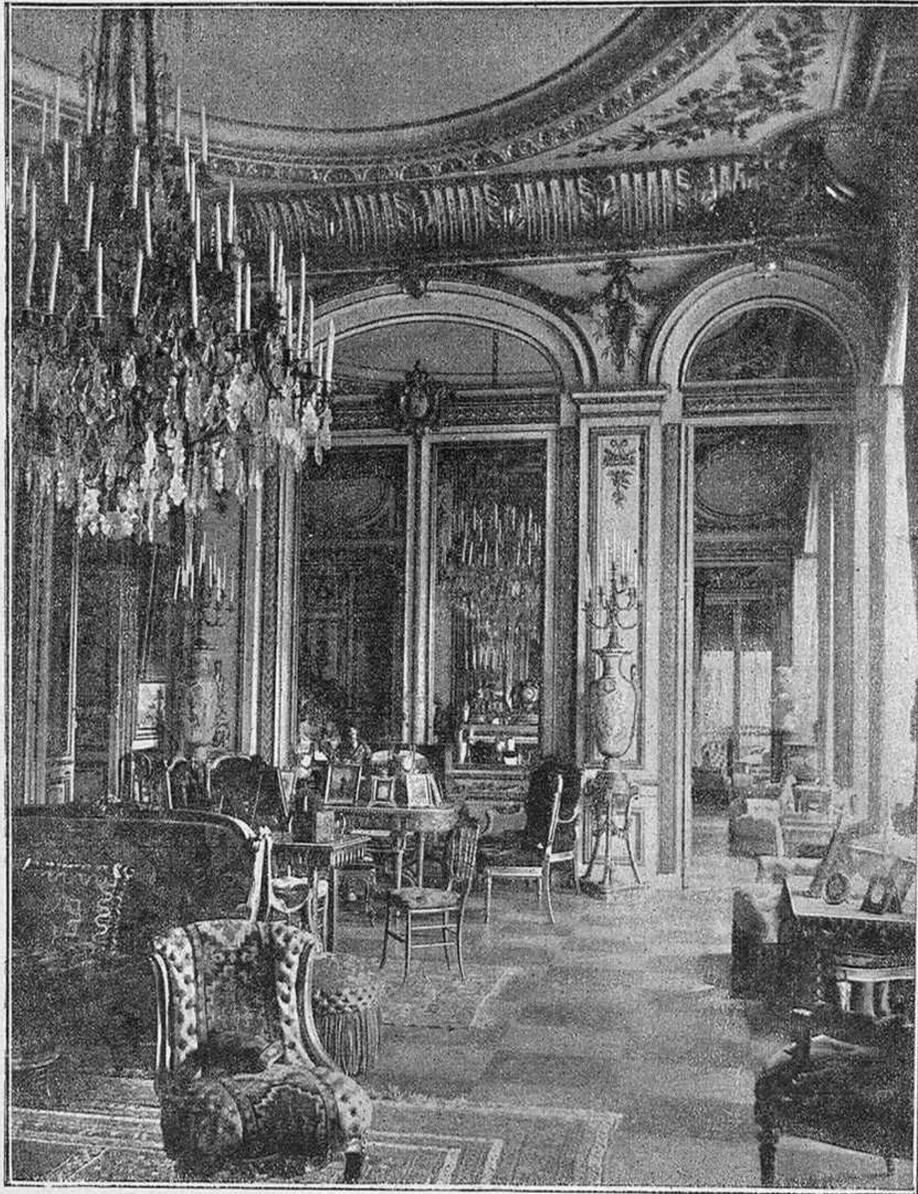


S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II, reproducción del último retrato fotográfico de S. M. hecho recientemente en París por M. Neyrouth.

Barcelona y de las malas condiciones de su entrada, después de la desgracia acaecida á bordo, y de las

ovaciones que allí le tributaron. Se acuerda del Laberinto, explicándome lo mucho que le gustó, y con unos detalles que parecerían imposibles á quien no supiera que la reina doña Isabel tiene una memoria privilegiada y que á cualquier persona que vea solo una vez la recuerda siempre.

A las ocho de la noche se sienta á la mesa. Son contadísimas las invitaciones á estas cenas. Dos ó tres veces al año da banquetes de gala, que son modelo de refinado gusto y en los que la mesa real está maravillosa y cuidadosamente puesta, adornada con finas porcelanas de Sevres con las armas reales y sembrada de odoríferas flores naturales.



PARÍS. - PALACIO DE CASTILLA. - Gran salón

A estos banquetes están invitados el embajador y su esposa la marquesa del Muni, así como también las altas personalidades de la colonia española y lo más selecto del Faubourg Saint-Germain. También asisten á ellos los reyes y príncipes que vienen á París, y ninguno de los cuales olvida visitar el palacio de Castilla. Me acuerdo que una vez, al salir de presentar mis respetos á la reina, vi de pronto llegar un automóvil del que bajaron dos señoras, una de ellas con el cabello blanco, hermoso perfil, triste la mirada, algo encorvado el cuerpo y apoyada en un bastón; era la emperatriz Eugenia, que cada vez que pasa por París visita varias veces á la reina Isabel, y ambas pasan horas juntas hablando en castellano, idioma que no ha olvidado la condesa de Montijo.

Después de las cenas ordinarias, la reina da la señal de dejar la mesa y pasa al gran salón, donde diariamente juega con la infanta doña Eulalia una partida de *bezigue chinois*, juego á que ambas son muy aficionadas. El dinero que gana la infanta lo mete en una alcancía y al fin del año hace un regalo á su madre. A las once la reina se retira á sus habitaciones.

Esta es la vida diaria de S. M., excepción del verano, en que para respirar aires más puros va á los alrededores de París, en los que la nobleza francesa se complace en poner á su disposición sus moradas señoriales, castillos históricos que recuerdan las épocas feudales.

El palacio de Castilla, sito en el número 19 de la Avenida Kleber, muy cerca del Arco de la Estrella, había pertenecido al famoso coleccionista polaco Basylewsky. Su estilo al exterior es del renacimiento más puro y es una de las hermosas moradas señoriales de Francia. Presenta el jardín un bello aspecto que atrae las miradas de los transeuntes por entre las grandiosas verjas y rejas de hierro forjado, en las que se destacan en cada puerta y en cada adorno las flores de lis y el anagrama de la reina I. 2.^a

Un cuerpo de piedra sostenido por columnas labradas sirve de antepuerta (*perron*). Cuatro escalones alfombrados dan acceso al vestíbulo. A uno y otro lado, dos porteros (*valets de pied*) con calzón corto, medias blancas y casaca azul, á la francesa, con bocamangas y cuellos adornados con dos anchos galones de oro y el cabello empolvado, reciben al que ha solicitado audiencia.

La escalera, enteramente de mármol rosa y con dos tramos, tiene la elevación del palacio, llenando sus grandiosas paredes los retratos de Felipe V á caballo y doña Isabel de Farnesio, ambos de la escuela francesa y de grandes dimensiones. Al llegar al último descanso, dos servidores guardan las puertas.

El estilo de las habitaciones y los salones de recibimiento se inspira en el de Luis XVI, época graciosa y rica entre todos los estilos.

Hay en la antecámara una hermosa chimenea, adornada con artísticos grupos de bronce, armonizados con la severidad del mobiliario, que es de terciopelo carmesí. En los muros cuadros de Velázquez, Vandyck, Zurbarán y un Santo Cristo de Murillo. El busto en mármol de D. Alfonso XII, ejecutado en el año 1876, está casi junto á la puerta que conduce al antosalón.

Tiene éste las *boissries* pintadas de blanco con motivos ligeramente dorados; á un lado el retrato del duque de Montpensier y enfrente el de la infanta doña Luisa Fernanda, pintados por Madrazo en la época de su matrimonio. Hay también otros al óleo de la infanta doña Isabel y de las dos infantas doña Pilar y doña Eulalia. Dos preciosos vasos de Sevres de porcelana azul con alegorías mitológicas, regalados por Napoleón III á la reina, están al lado de la chimenea. Encima de ésta, grupos y candelabros de bronce dorado y reloj con figuras de un cincelado admirable, coadyuvando á tanta riqueza dos vasos de Sevres de los llamados *rosa Bari*.

El gran salón de recepciones comunica con el que acabo de detallar. Dos banderas colocadas en el fondo del salón, debajo de los retratos de D. Alfonso y doña Cristina, atraen las miradas, banderas que tienen su historia; una es la que ondeó al embarcarse D. Alfonso XII en diciembre de 1876 á bordo de un barco de guerra español que lo condujo á España, y la otra la que ondeó en el palacio del Capitán General de la Habana el día que se proclamó la Restauración. Hay varias mesas sobre las cuales están las fotografías de la real familia, de los soberanos que han visitado á la reina y de las personas que le han sido fieles. El retrato en miniatura



PARÍS. - PALACIO DE CASTILLA. - Despacho de S. M. la reina doña Isabel II

de María Luisa y Fernando VII es una verdadera obra de arte. El de la reina gobernadora, doña María Cristina, ejecutado en el primer tercio del pasado siglo y pintado sobre cobre, es una de las maravillas artísticas del gran salón de recepciones.

Un arpa de Erard, colocada á un lado del salón, ha vibrado más de una ocasión punteada por los dedos de la reina, que es una excelente música. Dos candelabros sostenidos por grandes *potiches* de Sevres, con motivos muy decorativos y tonalidad anaranjada, son también regalo de Napoleón III.

El comedor está pintado de blanco, siguiendo el estilo de toda la casa, y comunica con un precioso jardín de invierno con multitud de plantas exóticas.

En la parte opuesta del palacio y cerca del antosalón ya mencionado está el gabinete de trabajo de la reina, lleno de recuerdos íntimos, y en el que además de cuadros de gran valor, hay una antigua escultura de una Santa Imagen legada en testamento por el Papa Pío IX, y un hermoso espejo de Venecia puesto sobre de una consola, en la que unas figuras de Sajonia están adornándola. Un tintero de plata con cuatro leones se halla en la mesa escritorio, y es el tintero de que su abuela doña María Luisa, su madre doña María Cristina y ella se sirvieron siempre.

En la planta baja se hallan las habitaciones de la infanta doña Eulalia y al otro lado los salones de espera y la capilla, en la cual últimamente oyó misa la reina madre á su regreso de Viena.

Allí, al levantar el velo que cubría su cara bañada en llanto, se arrojó en los abiertos brazos de la reina Isabel, quien abrazándola la consoló diciéndola con los ojos humedecidos por la pena: «Has perdido una madre, pero te queda otra que te adora entrañablemente y te ha admirado siempre.»

París, abril de 1903.

PEDRO COLL.



RETRATO DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII,
pintado por Félix Mestre y destinado al salón de sesiones de la Excm. Diputación Provincial de Barcelona

DESDE MELILLA

Por fin se resolvió el tan cacareado conflicto entre las huestes leales de Abd-el-Azís y los parciales del pretendiente. Arafa, con dificultades mil, insu-



MELILLA. — Muley Amrani en el puerto en la tarde del embarque

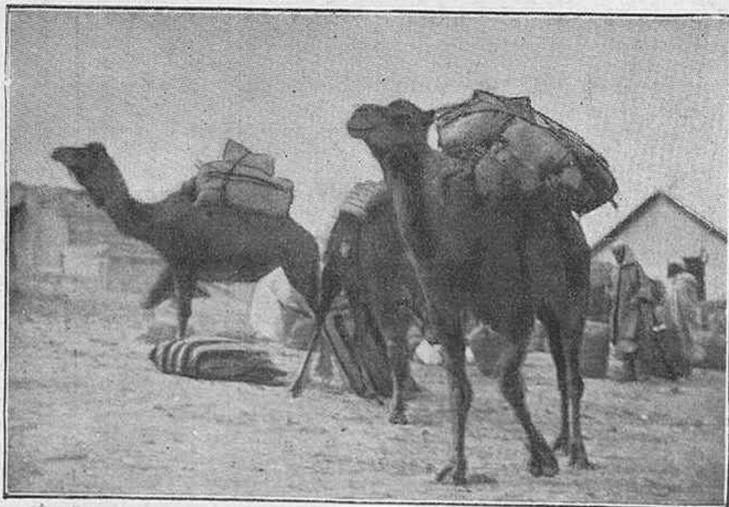
perables á sus fuerzas, no pudo prestar la ayuda debida á los soldados de Amrani.

Este, encerrado tras diversas componendas y arreglos políticos en la Alcazaba de Frajana, hubo de sucumbir ante el número y la persistencia en los ataques de los rifeños.

Melilla entero ha contemplado desde su campo el heroico esfuerzo de aquellos leales del sultán y la porfía briosa de los adeptos al revolucionario, que en sus arrestos de valor y en sus entusiasmos de causa han patentizado la existencia del inquieto heroísmo con que luchara tal pueblo en pasadas épocas por el triunfo de su fe y de sus estandartes.

La resistencia de la Alcazaba ante los repetidos ataques de los rifeños, la valentía de sus defensores y la virilidad de las mujeres con ellos allí encerradas, forman una homérica página, que nos vivifica aquellos esfuerzos gigantescos de los Tendilla y los Pulgar en la alpujarreña contienda; y nos retrotrae en parte algo de lo mucho que hubieron de padecer nuestras huestes ante el valor indómito de los musulmanes.

La luna plácida del cielo africano alumbró con sus esplendores los combates precedentes á la gran hecatombe; las descargas y los fogonazos, los ayes de dolor y los gritos de guerra fueron el alma de aquel cuadro sombrío que terminó con el derrum-



MELILLA. — Camello cargado con provisiones para el Roghi

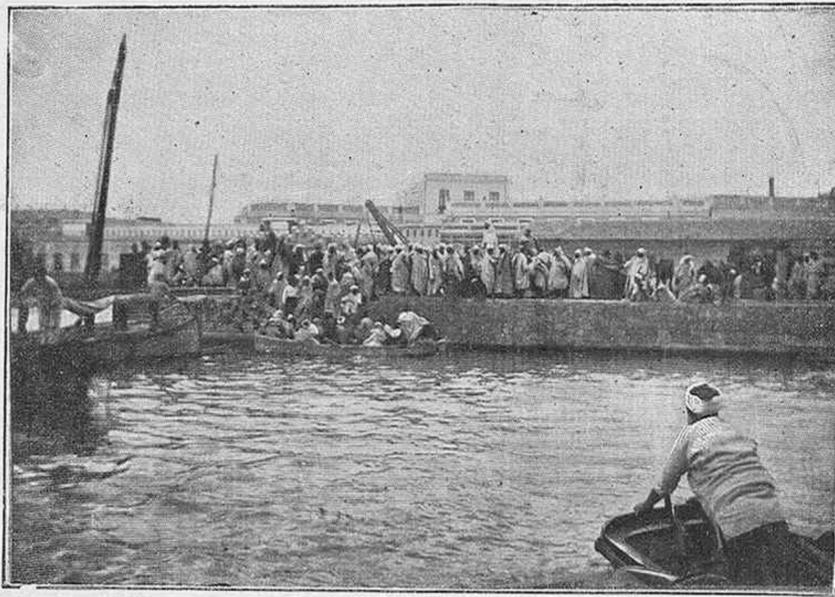
bamiento del poder imperial en esta parte del Rif. Mujeres, niños, viejos y jóvenes lucharon con brío; y si bien pudieron volar los frágiles muros del recinto, á los efectos de la explosión mantúvose fir-

me en sus pechos el altar de sus creencias y la fe en su joven monarca.

El cuadro fué horrible; miembros mutilados, cadáveres ensangrentados, rostros sedientos de venganza, ojos arrasados por el dolor y centelleantes de despecho, gritos, exclamaciones, plegarias, ruido, estrépito espantoso..., todo velado por la gasa sutil del polvo levantado y sólo rasgada por los rojizos fogonazos lanzados á quemarropa sobre los defensores...

¡Retirarse! He ahí el final de tan heroica jornada. ¡Pero qué retirada! Sin barullo, sin precipitaciones, con provisiones, con armas, con mujeres, con heridos, con niños; todos, en una palabra; no se trajeron la Alcazaba porque la pólvora se encargó de destruirla...; si no, son capaces también de traérsela.

Abigarrado conjunto presentaba ya en nuestro campo la caravana; todos aquellos heridos sobre parihuelas y camillas; todas aquellas mujeres llenas de resignado valor; aquellos soldados sonrientes á pesar de sus sufrimientos; aquellos jefes de venerable aspecto, aquellos barbilampiños askaris, aquellos jinetes, caballeros, ya en hermosos caballos, ya en pacíficos asnos...; los menajes de sus casas cargados sobre las bestias; todo ello tenía un aspecto tan peculiar, que parecíase ver, tras aquellas filas de mustias tropas en los límites apostadas, las figuras de Gonzalo de Córdoba y de Ayora, testigos de mil hechos, análogos en el fondo, en aquella gloriosa guerra granadina...



MELILLA. — Embarque de los askaris derrotados en la Alcazaba de Frajana

Hecho recuento, tan sólo falta una niña; ¡ya es tarde!; no se puede recobrar del enemigo. Alguna mora llora amargamente: ¡quizás sea su madre! ¡Pobrecilla!

La caravana sigue su curso hacia Melilla; mientras, las azuladas humaredas de la explosión desvanécense en los montes de Frajana, en cuyas barrancadas resuenan quizás los lamentos de aquella morita abandonada.

* *

— ¿De dónde llegas, Sidi-Mahomed?

— Acabo de desembarcar del *Tell*, en donde he venido con los que conducían los caudales que el sultán ha enviado al Amrani.

— ¿Cuánto dinero habéis traído?

— Unos veinte mil duros en plata; pero dime, ¿como es que estáis en esta plaza? ¿Es que habéis perdido la Alcazaba? ¡Alá nos valga si así ha sido!

— Así ha pasado, Moatar; las fuerzas del Roghi, en unión de los rifeños, nos han vencido y nos hemos refugiado en Melilla al amparo de España.

— Entonces esto va mal para Abd-el-Azís.

— Y tan mal; el Roghi campa por sus respetos en el campo rifeño, Arafa y el Bachir han sido derrotados, nosotros hemos perdido la Alcazaba, y eso que la hemos defendido con valor y con tenacidad, pero...

— ¡Qué desgracia! ¿Y vuestras mujeres?

— En el baño moro, en sitios diversos las tenemos alojadas, hasta que decidan de nuestra suerte. Ya ves, ahora somos vencidos; sin armas, sin poder alguno, ¿qué vamos á hacer?

— ¿Y quién os ha quitado las armas?

— Las hemos depositado en esta plaza, porque con ellas no podíamos estar aquí, ¿comprendes?

— Sí, sí; pues en Fez decían que os mandaban recursos y soldados, pero á lo que veo no los habéis recibido.

— Ni uno; y no es eso lo peor, sino que muchos quieren desertar, y tenemos que castigarlos para que no nos abandonen.

La plaza de toros es un verdadero campamento árabe; tiendas levantadas en el ruedo cobijan los restos de los askaris leales; en ellas se guisa, se juega, se bebe te y hasta se conspira.

Los soldados héroes en la Alcazaba de Frajana van perdiendo su fe en el sultán y tratan de huir al campo; una guardia mora á las puertas del cerco se opone á sus deseos. El absolutismo del decadente imperio se manifiesta en las bárbaras medidas de coacción que se realizan para retener á los fugitivos. El palo es el argumento. ¿Qué de extrañar que la causa imperial vaya perdiendo adictos?

El Roghi desea el reconocimiento de su beligerancia; así lo trata de hacer presente á los diplomáticos de Tánger. Aquel fuego intenso de odio hacia los cristianos va perdiendo fuerza cuanto mayores son los triunfos que consigue. Ya muestra su juego, alcanzar el poder; después Francia ó Inglaterra lo convertirá en otro Abd-el-Azís. ¡Qué importa! Él ha conseguido su objeto. Ya en el solio imperial no será tan creyente ni tan fanático.

Por cierto que encanta su conocimiento profundo del derecho internacional y sus atenciones para con nosotros.

¿Serán propias ó serán imbuídas por extraños elementos?

* *

Por fin se marcha el Príncipe; hoy ha llegado el *Sidi-et-el-Turqui* y en él serán transportados á Tánger los vencidos del Roghi. La cuestión se puede creer terminada por ahora entre el pretendiente y los leales: aquél queda dueño del Rif.

No así lo que se refiere á la aduana mora; ésta, aun con la enérgica determinación tomada de obli-



MELILLA. — Una lancha de askaris dirigiéndose hacia el barco de guerra marroquí *Sidi-et-el-Turqui*

garla á retirarse de la plaza española, creemos que dará juego.

Ahora campa el Roghi por sus respetos en el Rif; sus hazañas revolucionarias han tenido en jaque á nuestras guarniciones, que bien merecido se tienen, si no una recompensa, por lo menos el descanso material de sus fatigados cuerpos.

Poco hemos de tardar en conocer el desenlace final de esta contienda; demos tiempo á las ocurrencias y digamos como el rifeño: «*Suai. Suai.*»

FEDERICO PITA.

(Fotografías de García Alvarez.)

DESENLACE

Instalado en su gabinete, delante de su mesa de trabajo, entre montones de libros y rimeros de cuartillas, blancas las unas, esperando el jugo mental que en ellas había de exprimirse, ennegrecidas las otras por la frase ya vertida, Roberto, con la pluma en la mano, meditaba.

El drama doloroso de su vida habíase ido desarrollando en actos y escenas. Allí estaban sus alegrías y sus dolores, las dulces esperanzas de su juventud y los horribles desencantos de su edad madura. Efémeras alegrías que, como bandada de aves

emigradoras, aletearon un instante sobre su frente, huyendo y alejándose para nunca más volver; lentos y crueles pesares que uno á uno, como losa de plomo, fueron cayendo sobre su corazón, ahogándolo y haciéndole destilar hasta secarlo, convertidos en gotas de sangre y en ardorosas lágrimas, todos aquellos deseos que un tiempo fueron señuelo y acicate de su ya extinguida voluntad.

Luchaba el protagonista en el drama ya esbozado de Roberto, al principio, como un enamorado de la vida que, llenos sus ojos de luz y de aromas su pecho, avanza confiado y animoso á través de los obstáculos en busca de la soñada felicidad que vislumbra á lo lejos; después, como el atleta herido que cae y se levanta para volver á caer entre las ansias de la muerte, á los golpes despiadados y repetidos de su rival.

Uníanse en brutal consorcio para marcar las etapas de aquel inacabable calvario, á los inmensos y angustiosos desmayos del alma, los lacerantes dolores del cuerpo.

Roberto, como el protagonista de su obra, había sido vendido por la amistad y traicionado por el amor.

Ansioso de conquistar una posición para arrojarla á las plantas de la mujer que era su ídolo, ávido, después del desengaño, de humillar y castigar al amigo infiel y amante afortunado, con la vaga esperanza de reconstruir el derruido palacio de sus sueños, Roberto había trabajado sin tregua noche y día, inclinado sobre las cuartillas, sometido el cerebro á perpetua tortura y arrojando al público, desde

la soledad de su retiro, libros y más libros que le dieron relativa celebridad, pero que lo dejaron en una modesta medianía rayana de la escasez, que era la negra miseria para sus gustos aristocráticos.

do todo su ser, más que su vida amenazaba su inteligencia.

Con indecible espanto, dándose exacta cuenta de la proximidad de la catástrofe, sentíase perdido, irremisiblemente perdido, inutilizado para el trabajo, inerme, desarmado en lo más recio del combate. Experimentaba extrañas alucinaciones que, desdoblado su personalidad, hacíanle asistir impotente y dolorido al espectáculo de la propia miseria. Formábanse en su imaginación extensas lagunas que llenaba el olvido, desgranándose en confusión horrible sus pensamientos, hasta que, pasada la crisis, volvía á reanudarse por súbita reacción el curso de sus ideas, y éstas, espléndidas, luminosas, caían nuevamente sobre las cuartillas engarzadas en el hilo de oro de su maravilloso estilo.

En esta forma Roberto había ido llevando paralelamente la acción de su drama con los acontecimientos de su propia vida. Los gritos de dolor de su protagonista eran los mis-

Aquel naufragio físico y moral en que cuerpo y espíritu se debatían; aquella incesante lucha de cada día, de cada hora, de cada minuto; aquel trabajo rudo, incesante, de su imaginación, habían concluído por minar su salud y agotar sus fuerzas. El desencanto había matado todo estímulo. El trabajo le parecía infecundo, la gloria risible. En momentos de exaltación, bien pronto apagados, intentaba reanudar la lucha; pero aquellos intermitentes esfuerzos de una voluntad enferma y vacilante no lograban detener los progresos de un mal, que invadien-

mos gritos que en momentos de impotencia desesperante se escapaban de su garganta; las fugitivas esperanzas, bien pronto desvanecidas; los vagos sueños, apenas surgidos borrados; los anhelos nunca saciados de aquél, eran las esperanzas, los sueños, las amargas que luchaban, conturbándolos en el espíritu y en el cerebro del autor.

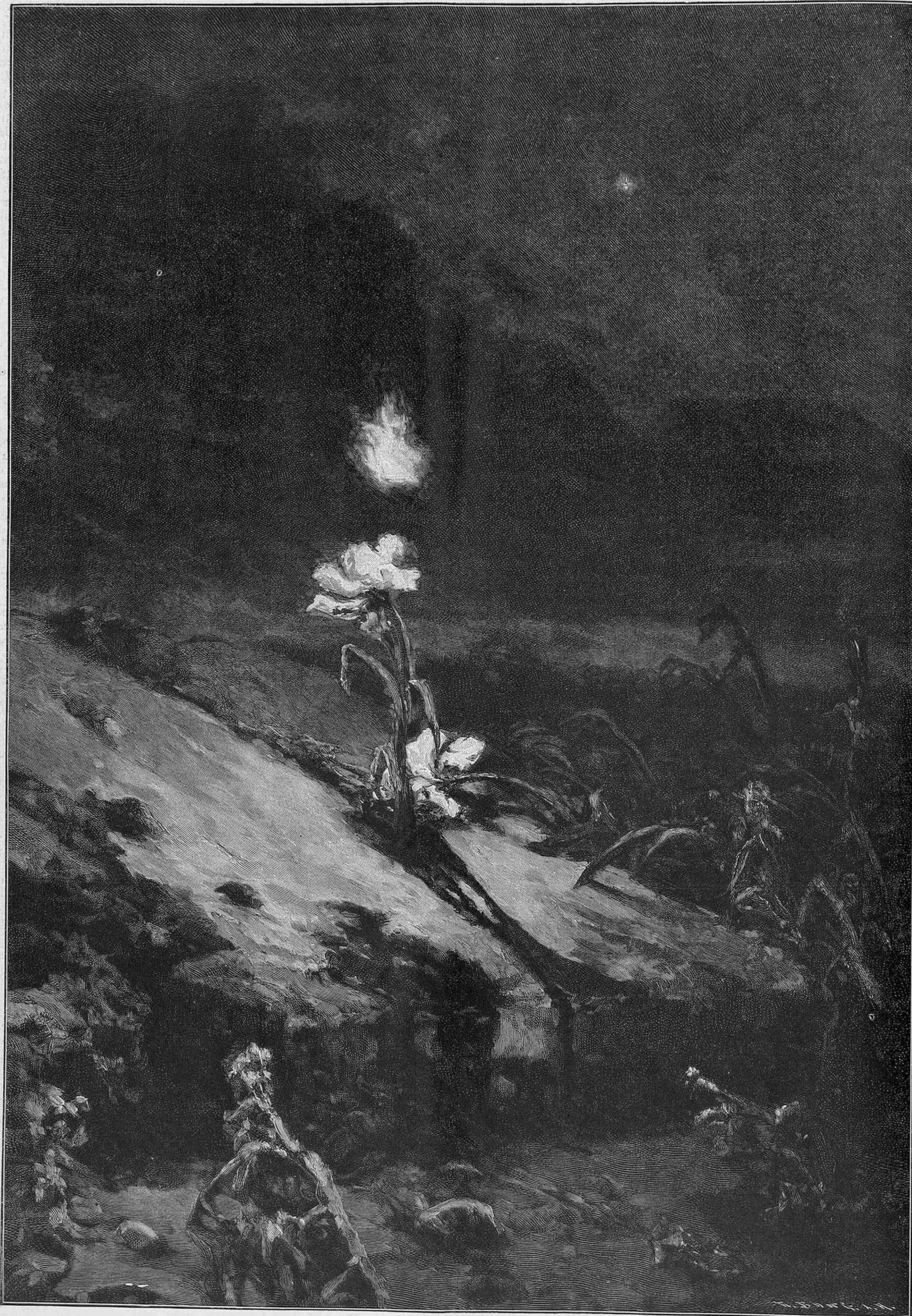
Así nació el drama, así fué desarrollándose hasta la penúltima escena. Faltaba el desenlace, como coronamiento de la ardua empresa. Faltaba concentrar en un solo hecho, en una acción rápida y decisiva,



Gitana, cuadro de Estanislao Maslowski



Regreso del baile, cuadro de Nicolás Sierra y Alvarez



LA TUMBA DEL SUICIDA, cuadro de W. Kotarbinski



FANTASÍA, cuadro de K. Rozynski

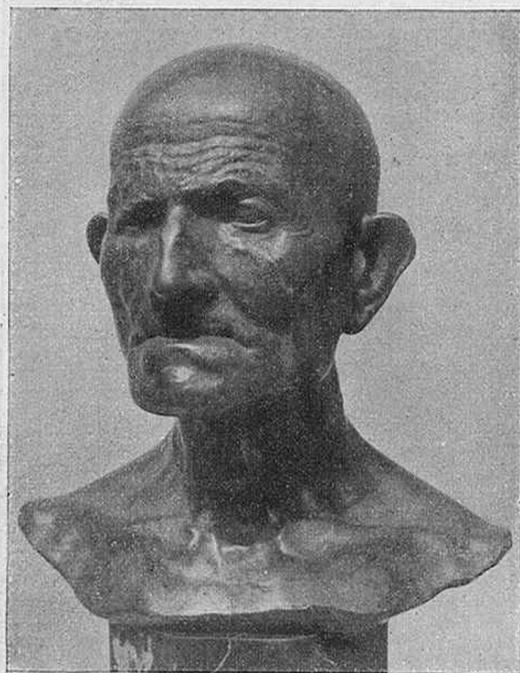
síntesis sublime de una vida atormentada, toda la intensa pasión que vibraba en la obra. Roberto meditaba en busca de una frase, de un grito. Su pluma caía rápida sobre la cuartilla; escribía y tanteaba lo escrito. Hubo un instante en que los ojos de Roberto brillaron con extraño fulgor; en sus labios se dibujó una leve sonrisa; un grito gutural, una exclamación de triunfo, se escapó de su pecho; dejó caer la pluma, y en su lugar un objeto de metálicos reflejos se alzó en su mano. Sonó una detonación, y de la cabeza de Roberto, caída pesadamente sobre el pupitre, brotó un hilo rojo, que con caracteres de púrpura fué trazando sobre la última cuartilla el desenlace.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

NUESTROS GRABADOS

Retrato de S. M. el rey D. Alfonso XIII, pintado por Félix Mestres.—Sobre un fondo de cortinaje de simpática y severa tonalidad, se destaca la figura del rey, vestido de uniforme de gala del arma de caballería, figura vigorosamente tratada que patentiza perfectamente la característica y la estructura del personaje. El colorido es armónico y agradable y se funde por modo admirable en las distintas prendas del traje, en el fondo, en el suelo, en el ambiente general; el dibujo es firme, el parecido exacto, y en cuanto a la composición, es digna de todo elogio por su sobriedad, pues el artista, con muy buen acuerdo, ha prescindido de los accesorios ornamentales, de los distintivos y atributos de la realeza que suelen ser elemento obligado en esta clase de trabajos y con los cuales pierden éstos el carácter de intimidad, que tan bien sienta en los retratos, para convertirse principalmente en obras decorativas. El lienzo que reproducimos, que está destinado al salón de sesiones de nuestra Diputación Provincial y que recientemente estuvo expuesto en el Salón Parés, es, sin duda alguna, uno de los mejores retratos que de nuestro joven monarca se han hecho y una de las pinturas más sólidas que ha producido el celebrado pintor barcelonés Félix Mestres.

Gitana, cuadro de Estanislao Maslowski.—Forma parte este pintor de la asociación «Sztuka», de la que algo dijimos en el número 1.113 al ocuparnos de las obras de los tres escultores polacos Dunikowski, Szymanowski y Biegas. El espíritu que en esta asociación predomina es el que alienta en el arte y en la literatura en general de aquella infeliz nación; el recuerdo del hermoso pasado, el dolor por el triste presente, la aspiración a un porvenir de independencia y libertad. Los artistas de Polonia, como los poetas y todos los pensadores, hacen patria, por decirlo así, sin que para ello necesiten representar los episodios luctuosos de su historia; bástales con inspirarse directamente en la naturaleza, en las costumbres de su país, manteniendo así vivo en el pecho de sus compatriotas el amor a la tierra natal. El estilo de los pintores polacos es en alto grado francés; pero esta influencia extranjera sólo se refiere a la forma, pues en el fondo palpita siempre el sentimiento nacional. La gitana pintada por Maslowski, por la sobriedad y firmeza de su dibujo y de su colorido, demuestra que su autor es un convencido realista y un gran conocedor de los recursos técnicos.



BUSTO, modelado por D. Trentacoste

Busto, modelado por D. Trentacoste.—Este célebre escultor florentino tiene en alto grado el sentimiento de la forma y de la proporción, y sabe además imprimir en sus obras un vigor de expresión que responde al modo de ser del tipo ó de la escena representados. Por esto sus esculturas son algo más que una reproducción plástica exacta de un modelo, ya que hay en ellas esa vida que sólo los verdaderos maestros consiguen dar al mármol ó al barro que sus manos modelaron. El busto que publicamos es la mejor prueba de la verdad de este aserto.

El maestro Francisco Cilea.—El maestro Cilea forma parte de esa pléyade de jóvenes compositores que tanto honran, con las producciones de su ingenio, al arte contemporáneo italiano. El arreglo á la escena lírica de la conocida obra de Scribe y Legouvé *Adriana Lecouvreur*, le ha procurado uno de sus más señalados y legítimos triunfos, cimentando su reputación como inspirado é inteligente compositor. Las

bellezas que la obra encierra habrá podido apreciarlas el público barcelonés, con mayor motivo cuando el papel de protagonista lo interpreta la misma artista á quien cupo la suerte de darla á conocer por primera vez, con el completo beneplácito de su autor. Las situaciones verdaderamente dramáticas



FRANCISCO CILEA, autor de la música de la ópera *Adriana Lecouvreur*, recientemente estrenada en nuestro Gran Teatro del Liceo

que el libreto contiene han ofrecido vasto campo al joven compositor para dar muestra de su inspiración y de sus aptitudes musicales.

El drama de Scribe y Legouvé, de donde está tomado el libreto de la ópera de Cilea, tiene por base el amor que la princesa de Bouillon siente por el conde Mauricio de Sajonia. Este, recién llegado á París, visita á la princesa, la cual, ante la frialdad con que el conde la trata, comprende que tiene una rival. Así es en efecto; Mauricio ama á la actriz Adriana Lecouvreur, de quien lleva prendido al pecho un ramillete. La princesa finge creer que el ramillete es para ella, y el conde, no atreviéndose á desengañarla, se lo regala. El príncipe de Bouillon, en quien una confianza ha despertado sospechas acerca de la fidelidad de su esposa, cree sorprenderla en casa de otra actriz del Teatro francés; pero gracias á la generosidad de Adriana, la primera se salva, convencida de que debe su salvación á su rival, cuyo rostro no puede ver, pero cuya voz queda grabada en sus oídos. Guiada por este recuerdo, reconoce á la Lecouvreur en una representación dada en su propio palacio, en la que la célebre actriz, viendo á su amante completamente dedicado á la princesa, arroja al rostro de ésta las frases de Fedra, que en aquel momento recita y que son una acusación terrible contra la mujer adúltera. La princesa siente toda la intención que da á sus palabras la actriz, y sigue entre ambas una escena de ironía y rabia en que bajo formas corteses se destrozan mutuamente el corazón. La victoria queda por Adriana, pero la de Bouillon para vengarse le envía el ramo que antes se hiciera ofrecer por Mauricio, previamente impregnado de un veneno tan activo como sutil. La actriz, creyendo que aquel presente es del conde de Sajonia, lo cubre de besos y lágrimas respirando al mismo tiempo su muerte. Entonces llega Mauricio para justificarse, pero ya es tarde: la actriz muere en sus brazos, después de una patética agonía.

Regreso del baile, cuadro de Nicolás Sierra y Alvarez.—Contemplando este cuadro, se adivina sin gran esfuerzo el argumento del mismo: esa mujer vestida en traje de baile que se ha dejado caer desplomada sobre el sofá; el billete que se ve á sus pies y que sus manos soltaron en un momento de desmayo; el lujoso abrigo arrojado al descuido sobre una butaca, son elementos suficientes para reconstituir el drama íntimo que el artista ha querido sintetizar en su escena culminante, la escena en que la amante esposa experimenta la más cruel de las torturas y se rinde al peso del dolor que la agobia, llorando el abandono inmerecido y sintiendo el vacío que el desengaño ha hecho en su existencia. El joven pintor Nicolás Sierra, que tan acertadamente ha sabido expresar esta difícil situación, hizo sus primeros estudios en la Academia de San Fernando de Madrid bajo la dirección de maestros tan ilustres como Madrazo, Martínez Cubells y Puebla. Ha sido pensionado por oposición en Roma, en donde trabajó tres años, trasladándose luego á París, en donde ha fijado su residencia y se ha conquistado un puesto distinguido en el mundo del arte.

La tumba del suicidio, cuadro de W. Kotarbinski.—En el número 1.106, con ocasión de publicar el hermoso lienzo de Kotarbinski *El beso de Medusa*, expusimos algunos datos biográfico-críticos de este eminente pintor rusopolaco, de quien dijimos que, prescindiendo de las tendencias hoy más en predicamento, ha rendido siempre culto al roman-

ticismo fantástico. Como confirmación plena de este aserto debe considerarse *La tumba del suicida*, que hoy reproducimos: es ésta una composición soberbiamente sentida y maravillosamente ejecutada; la impresión de terror que en el ánimo produce es de las que jamás se borran, y cuanto puede concebir la imaginación para expresar el horror al suicidio difícilmente llegaría á manifestarse con más intensidad, con mayor crudeza que las que admiramos en la obra de Kotarbinski. Aquel cielo cubierto de densos y negros nubarrones y en el cual sólo brilla una estrella; aquel campo lleno de cardos que parecen tentáculos de monstruo apocalíptico avanzando sobre el sepulcro del suicida; aquella flor única que sobre la tumba crece y cuyo resplandor misterioso contrasta con las tinieblas que la rodean, forman un conjunto de grandiosidad indescriptible que subyuga, fascina y sugestiona. Esta obra es de las que se sienten y no se describen; es también de las que acreditan á un pintor de maestro eminentísimo.

Fantasia, cuadro de K. Rozynski.—Si fuera dable que por un momento la crítica imparcial se declarara exclusivista y se propusiera admitir sólo como buenas aquellas obras de arte que son copia exacta de la realidad, reflejo fiel de las costumbres, de las necesidades y aun de los problemas de la época y del país en que el artista vive, no tardaría en verse obligada á volver al eclecticismo, que en materias artísticas es signo de verdadera imparcialidad. Porque ¿cómo no aceptar y alabar cuadros de esos llamados de fantasía, si llenan perfectamente los fines que la estética impone? ¿Cómo rechazar, sin más razón que la de no ajustarse á la verdad, lienzos cuya contemplación despierta sensaciones agradables y eleva el pensamiento á las regiones serenas de la poesía? Digan lo que quieran los intransigentes, por fortuna pocos en número, todos los géneros son buenos cuando nos hacen sentir, en una ú otra forma y por uno ú otro procedimiento, la belleza; por esto entendemos que merecen aplauso los pintores que como el ruso Rozynski se complacen en dejarse llevar en alas de su imaginación, y nos proporcionan un goce verdadero pintando escenas tan simpáticas, tan eminentemente poéticas, como *Fantasia*, y como *El bosque de las hadas*, que publicamos en el número 1.048 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

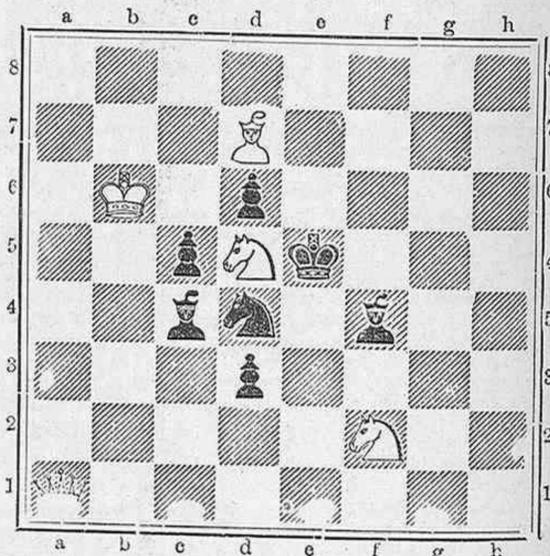
Los hijos de los príncipes de Gales.—Los tiernos personajes que forman este interesante grupo son: el príncipe Eduardo Alberto, nacido en 23 de junio de 1894; el príncipe Alberto, en 14 de diciembre de 1895; la princesa Victoria Alejandra, en 25 de abril de 1897; el príncipe Enrique, en 31 de marzo de 1900, y el príncipe Jorge, en 20 de diciembre de 1902.

Teatros.—Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *El corneta de la partida*, zarzuela en un acto y tres cuadros de Eugenio Sellés, música del maestro Valverde (hi.o); y *Elixir de amor*, zarzuela en un acto y tres cuadros, música del maestro Manent. En el Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista Francisco Planté, ejecutando con incomparable maestría piezas de Beethoven, Weber, Schumann, Schubert, Listz, Brahms, Bach, Chopin, Mendelssohn, Berlioz, Mozart y Boccherini, en todas las cuales hizo gala de una ejecución maravillosa, de una interpretación perfecta de cada uno de los maestros, y sobre todo de una manera de decir tan clara, tan sentida, tan expresiva, que es imposible sea por otro artista superada. El público le tributó continuadas y entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 324, POR J. DOBRUSKY.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las Blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 323, POR E. HALLIWELL.

- Blancas.
- 1. Ce4-f6
- 2. D ó C mate.
- Negras.
- 1. Cualquiera.



Cogió la señora la carta sospechosa, y las dos se acercaron al balcón

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. — ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Esto no le libertó de la presencia de la pegajosa Pastorita, ni le devolvió la perdida confianza de misia Justa, agravando su dispepsia crónica el sobresalto de la temida destitución y reemplazo por aquel D. Ignacio, su envidioso contrincante, de modo que ya el bicarbonato no tenía poder digestivo ni influencia calmante siquiera y pasaba ratos malísimos D. Celedonio...

Decía, pues, que en la segunda semana, según referencias del capellán, á poco de levantarse de la mesa, hubo tiroteo vivísimo entre Melchora y Victoria, tan vivo que si no media D. Fabio, no se sabe cómo terminara el lance; con esto la dispersión fué general y más rápida que de ordinario, huyendo D. Celedonio á refugiarse en su cuarto, donde le acometió un hipo violentísimo. ¡Válgate la Virgen de los Remedios! ¡Qué vida y qué manera de quemarse la sangre!

El cartero venía á *La Justa* después de mediodía, y á mediodía, naturalmente, el sol de enero asaba los pájaros en el aire. Quien recogía la correspondencia era Blasa ó Regino, ó el espetado mozo de comedor. Nunca la señora mayor, ni doña Melchora. Sin embargo, aquel día (18 de enero, jamás lo olvidaría D. Celedonio) apenas se sintió el caballo del cartero en la plazoleta, salió doña Melchora, sin guardarse del sol ni de nadie, y recogió las cartas. Luego penetró apresuradamente en la casa. Don Celedonio lo vió todo, ahogado por el hipo, desde su ventana... ¡Ay, qué cosas! ¡Y cómo los actos más sencillos producen, á veces, las más grandes catástrofes!

Sí, de la recogida de cartas de doña Melchora vino todo lo demás que ocurrió aquel espantoso día 18 de enero. Y asegura D. Celedonio que él tuvo el presentimiento, algo así como atrevida inducción de lo que iba á pasar.

Por cierto que pensando en este suceso, se durmió plácidamente en su sillón. No ha podido saber, pues, qué hizo Melchora con las cartas, ni adónde se dirigió al entrar en casa, aunque si despierto estuviera y no se apartara de la ventana tampoco lo sabría.

Y lo que hizo Melchora fué subir ligeramente la escalera y llamar á la alcoba de misia Justa, por fórmula, pues misia Justa la esperaba y con ella tenía concertada la violación de correspondencia, á espaldas de D. Fabio. La ira de la reciente disputa con *la otra* y el gusto perverso de la mala acción coloreaban los morenos y lustrosos cachetes de la viuda, que entró sigilosa, y luego de cerrar con tiento la puerta, susurró:

— Aquí están, tome usted. Me parece que de esta vez la reventamos á la *barraquera*.

— ¿Viene carta para la maestra?, preguntó misia Justa casi por señas.

— Viene. Con una palomita en el cierre, muy mona. Tome usted. Esta es para el tío y esta para ella, del hermano: conozco la letra del Sr. Stuart.

Cogió la señora la carta sospechosa, y las dos se acercaron al balcón, cuya verde persiana tamizaba suavemente la luz; ansiosa, metía Melchora la cara por el hombro á la abuela, insistiendo:

— Abrala usted, ¿qué espera? Es esa de la palomita...

— Pienso, dijo misia Justa con gravedad, que, diga lo que dijere esta carta, como no traiga dentro el nombre de Victoria, no nos servirá á los efectos de una prueba formal é irrecusable.

— ¡Vaya por Dios! En estos casos basta con las pruebas morales, que ellos no serán tan tontos para dejarse sorprender. De lo contrario, á nadie se condenaría... Abrala usted, y si no se atreve la abriré yo.

No fué menester, porque misia Justa, rápidamente, desgarró el sobre y sacó el pliego doblado. Entonces, emocionadas, se sentaron en un taburete de estos gemelos, y mientras la señora desdoblaba el papelito, devorábalo Melchora con los ojos, queriendo deletrear anticipadamente sus garrapatos... Lucía otra palomita en el membrete y esta divisa: *Siempre fiel*; la letra era muy mala, expresando los desiguales renglones lo siguiente: «Nena mía: Ya te he dicho que para el término fijado, no puede ser. Lo dejaremos para más tarde, cuando las dificultades que sabes estén allanadas. Ten paciencia, que con

la paciencia se gana el cielo, y el cielo es nuestro amor. Consúltalo con D. Celedonio y verás cómo me da la razón. Si esta tarde te dejaran libre, vente paseando por el lado de Donato, que yo trataré de acercarme lo más posible... Lo principal es que ni aquí ni allá se enteren. Adiós. Tu nene, Alejo.»

Leyó todo esto misia Justa sin necesidad de gafas, con voz clara, y cuando terminó, volvió á empezar: «Nena mía...» repitiendo palabra por palabra. Pero Melchora la interrumpió, desahogando su exaltada furia:

— ¿Que no ha comprendido usted? ¿Quiere más todavía? Si la llama su nena y le habla de su amor y la da una cita, ¡una cita! ¿Pues no es esto bastante para ir con la carta y restregársela por el hocico? ¡Ah! No contaba ella que nosotros velamos por el honor de la familia; se ha casado creyendo que iba á hacer mangas y capirotos... ¡Para que después me llame enredista! Ella, la intrigante, la desvergonzada, que se da citas por los caminos á los dos meses de casada... ¿Y usted qué va á hacer, abuela? Porque en vista de esto... Mire usted si sabía yo lo que me decía. ¡Qué par de nenes! ¡Y qué cazaditos los tenemos!

— ¡Melchora, Melchora!, murmuró la abuela Justa. ¡No alces la voz, por Dios, esto es muy delicado! Prueba mucho y no prueba nada. Reflexionemos... La carta está dirigida á Clotilde, y por lo tanto, lo que en ella dice el insolente de Pardales, á Clotilde se lo dice...

— No; si iba á decírselo á la otra con todas sus letras y sus apellidos.

— Yo creía, prosiguió la señora, que si no el nombre, se dejaría dentro algún cabo de donde tirar.

— No uno, sino tres y cuatro se han dejado. Tire usted y verá cómo sale el ovillo.

— Despacio, Melchora, despacio.

Volvió á leer la carta y quedó pensativa. Melchora se revolvía, insistiendo:

— Pero si está más claro que el agua. Esa es una combinación preparada con la complicidad de la Clotildita...

Misia Justa movió la cabeza. En verdad, no bus-

caba ella disculpas ni explicación para la supuesta falta de la otra, sino una base de prueba suficiente, lo necesariamente segura para proceder contra ella. La carta de Pardales no tenía más importancia que la que el capricho quisiera darle; la razón serena no la concedía ninguna: podía ser uno de tantos indicios, de los mismos de que dudaba D. Fabio. La mano seca, de hinchadas venas azules, estrujaba el papel inofensivo, de cólera impotente, como garra que hallara por presa el vacío.

— No sé, no sé, murmuró la abuela desdoblado el papel de nuevo.

— Seguro, dijo Melchora, que ya tiene usted todo arregladito en la cabeza y más bien pensado... Porque no hay que darle vueltas.

— Pues no, hija, no, no.

— ¿También va usted a dudar, como el tío Fabio? Con ir esta tarde por el lado de Donato, se aclaraba todo. Mejor prueba...

— ¿Cómo? ¡Si hemos abierto la carta!

— ¡Es cierto, y rompiendo el sobre! Si me la deja usted a mí la abro sin que se notara, ¡me doy una maña!.. Pero no dirá usted, abuela, que lo de la maestra está turbio también: me parece que su falta, su infidelidad, son patentes. ¿Y el capellán?

— ¡Ah, lo que son ellos!..

Levantó la mano, como si fuera ésta la ejecutora del pensamiento. Y animada por este ademán, con fuego que si no era producto de su convicción podía ser anhelo de su amor propio y de su odio, empuñados en que la mala idea triunfara, Melchora la compuso a su gusto, presentándola a misia Justa y metiéndosela por los ojos de esta manera:

— Si está más claro que el agua, ¿no lo comprende usted? Mire usted: ellos se entendían, desde mucho antes que Josecito la conociera, y si no se han casado es porque el hermano, ambicioso, quería para ella mejor partido... Bueno: se presenta Josecito, ¡y claro!, se le dan a Pardales los pasaportes y se le echa al otro el gancho; ¿quiere usted más baja? Prestarse ella a semejante comedia... Pero la casualidad (en todos estos casos la casualidad hace de encubridora) les pone luego de vecinos y la vecindad reaviva la simpatía antigua. ¿Cómo hablarse? Pues se finge correspondencia con Clotilde, y así llegan a la torre todas las cartas que quieren... Las buenas migas de Clotilde con ella son innegables: desde el primer día se mostraron... ¿No está claro esto? ¿No lo comprende usted, abuela? ¿Qué mayor prueba que ese papel... y todo, todo lo que hemos visto y oído, y estamos viendo y oyendo? Ahora, en lo que yo no he de mezclarme es en si basta para que demos la campanada ó esperamos a que las cosas sigan su curso natural y dejamos que la señora barraquera arrastre nuestro apellido por el lado de Donato... ¿Conviene poner en guardia a Josecito?, ¿soltarle a ella una alusión bastante expresiva para detenerla en el camino que lleva? ¿Se cortará por lo sano, despidiendo a la maestra, su cómplice, y al capellán que la apadrina en su rebeldía? Allí usted y tío Fabio; yo no doy consejos, ni asumo responsabilidades, porque no quiero que digan después que la culpa fué mía...

Sucede que lo absurdo, como semilla de cizaña que cae en terreno abonado, se cuele siempre en el espíritu predispuesto, sin que la razón, celosa guardiana, lo examine, discuta y someta al juicio severo de que no se libran las ideas en general, y eso, por lo común, a causa de que la pasión apagó su antorcha, y como en cuarto a obscuras y abandonado las aves nocturnas entran y anidan, convirtiéndolo en casa propia. Por inverosímiles y disparatados que fueran los extremos a que arribaba Melchora, y caprichosos é imaginarios sus fundamentos, el entendimiento de misia Justita González, cuya viril fortaleza se ha encomiado tanto, entenebrece por rencores y antipatías profundísimos, no rechazó, sino débilmente, cuanto la nieta política dijera, repetición de cuanto venía diciendo de dos meses atrás; y deseosa de soledad para meditar, la despidió con breves palabras, recomendándola mucho silencio y sobre todo que D. Fabio no se enterase de lo que acababa de pasar. Luego de entregar las otras dos cartas, callarse y observar, y observar y callar hasta que ella hablara, hasta que ella obrara. ¿Entendido?

Marchóse la viuda, zarandeando las caderas... De lo que meditó misia Justa, sentada en el taburete, con la desplegada carta de Alejito Pardales sobre la falda, poco puede adivinarse: su impasibilidad de imagen no dejaba a la inducción conocer gran cosa, sino que debían de ser muy ingratos y sombríos los pensamientos que aleteaban bajo sus rizos de plata; quizá analizara la historia completa de los amores de Josecito, víctima de la codicia de ambos Stuart, ó perdida anduviere en los inextricables senderos de

la leyenda de la torre; tal vez preparaba la guillotina en honor de Clotilde y D. Celedonio, y por eso, a veces se estremecía la línea rígida de su boca, que es don de tiranos el placer del castigo... Porque fuera cual fuere la verdad de la intriga de Pardales, Clotilde y D. Celedonio se ufanaban en mostrarse partidarios de la otra, y esto era crimen suficiente para no tolerarlos ya en la casa, desde que la carta interceptada, aunque inocente de suyo, había facilitado el pretexto, especialmente contra Clotilde, a quien no podía permitirse carteos amorosos que redundaban en desdoro de la sagrada misión educadora que se le había confiado.

A las cuatro bajó misia Justa a la plazoleta. Era la hora en que Clotilde abría las puertas de la jaula escolar y daba suelta a la chiquillería, que se desbandaba alegremente por los campos; aún no la había abierto y se oía dentro el rumor de los prisioneros impacientes. D. Celedonio, que paseaba a la menguada sombra de los naranjos, saludó tímidamente:

— Muy buenas tardes nos dé Dios, señora.

Pero misia Justa no le contestó. Pasó sin mirarle, derechamente hacia la escuela, tan tiesa que el capellán quedó temblando.

— ¡Santo Dios! ¿Otra tormenta en el horizonte?, pensó el cuitado. ¿Dónde descargará el rayo? ¡Que Santa Bárbara proteja a la pobre Clotildita! Yo, por lo que pueda tronar, escapo...

Y se guareció en la capilla, asilo donde se creía seguro. Misia Justa, entretanto, llegó a la escuela y entró; la revolución que allí había de chicos en movimiento, subidos en los bancos, gritando, riñendo, a caza de los libros desperdigados ó del sombrero para marcharse, suelto el lazo de la disciplina, se calmó por ensalmo, así que en el fondo de la sala apareció la majestuosa figura de la abuela; todos, niños y niñas, de pie, como soldados, cantaron a unísono la salutación de práctica:

— ¡Buenas tardes, señora Justita!

En la tribuna, Victoria y Clotilde se pusieron también de pie; en el último escalón de la tarima, Pastorita, con una desaforada lengua de franeta escarlata que le colgaba hasta la cintura y un gorro de papel adornado de dos puntiagudas orejas de asno, exponía a la vergüenza su desaplicación y mala conducta.

— Señora, dijo Clotilde bajando del pedagógico sitial, he tenido que poner a la niña en penitencia, porque no se puede con ella; ni estudia, ni deja estudiar a los demás; hoy ha roto su pizarra, ha derramado el tintero sobre la gramática de una compañera y le ha pegado con la regla al menor de don Patricio...

Mientras la acusaban, Pastorita se había quitado los ignominiosos atavíos y hacía pitos a la maestra. La abuela nada contestó. La proximidad de la culpable la irritaba tanto, que apenas podía hablar. Sacó la carta del bolsillo y se la presentó, diciéndole de modo que sólo ella se enterase:

— No acuse usted a los demás cuando tanto tiene de qué acusarse, y no ciertamente de travesuras infantiles. Tome usted esta carta... Es de Alejo Pardales... ¡Yo la he abierto y la he leído!

Muerta mil veces prefiriera Clotilde, antes que escuchar lo que parecióle trompetazo del juicio final; se puso amarilla, las piernas le temblaron, entretrechocaron sus dientes, y la mano, helada, no se atrevía a coger el papel.

— Señora... yo no sé..., aseguro a usted...

— ¡Basta! Tome usted esta carta y márchese a la torre a esperar mis órdenes. Bueno será que vaya usted preparando su baúl...

Y con voz de mando, misia Justa se dirigió al concurso de cabecitas azoradas:

— ¡Niños, afuera!

Sumáronse los dos bandos, el masculino y el femenino, y por el callejón central atropelladamente, como esclusa que se desborda, salieron pataleando y empujándose, Pastorita la primera, a la zaga de la corrida y desventurada maestra; muchos, los más corteses, al pasar besaban la mano de la señora, y ya en la plazoleta esparcíanse todos bulliciosos, asustando a los pájaros con sus gritos y a D. Celedonio, que por una rendija de la puerta de la capilla asomaba la inquieta cabeza de conejo, cambiaba breves palabras con la señorita de Pacés y convulso encerrábase otra vez, encomendándose a la Virgen Santísima...

Cuando salió el último niño, Victoria bajó de la tribuna. No sabía ella (ni podía enterarse a causa de la distancia y la rapidez de la misteriosa escena) lo que con Clotilde acababa de pasar, y desprevenida llegó hasta la señora abuela, escondiendo tras de una sonrisa fría la poca gracia que el encontronazo debía de hacerle: en la inmensa sala desierta, las

alimañas del friso y el esqueleto de la pared del fondo parecían moverse, infundiendo menos temor que la implacable figura de misia Justa, erguida como un granadero. Puestas a tiro una y otra, se cruzaron los siguientes disparos:

— ¿Adónde vas?

— Señora, a ninguna parte.

— Te has puesto el vestido rosa, ¿por qué te has puesto el vestido rosa?

— ¡Señora, por Dios!, porque es más fresco.

— ¿Piensas salir?

— No, señora.

— ¡Digo que tú piensas salir!

— ¿Adónde? Si es por el traje, me vestiré de luto... ó no me vestiré; andaré de bata...

— ¡Cuidado con el retintín impertinente! No te contentas con ser respondona...

— ¿Yo respondona?

— ¡No es extraño! ¿Sabes que he despedido a tu amiga la maestra?

— ¡Ay, pobrecita! ¿Por culpa mía?... ¡Es injusticia!

— Te dije que te vigilaba...

— Señora, no sé por qué.

— Que te vigilaría. Los maridos tontos son fáciles de engañar. Y tú no me inspirabas confianza.

— ¡Señora!

— Ni me la inspiras, no; así, clarito, ahora menos que antes. Si esto es aquí, ¿qué será mañana en Buenos Aires? Una vez despedida tú cómplice...

— ¿Mi cómplice?

— Tu cómplice, hablaremos despacio, muy despacio, y te cantaré yo la cartilla, ¿oyes? Bueno, vete, pero con la absoluta prohibición de que te vayas por esos caminos, ni con perro, ni sin perro; tus modas inglesas las guardas para Barracas, que si tu hermano te dejó campar libre de soltera, aquí tenemos de la mujer, y sobre todo de la casada, un concepto más digno y riguroso. Vete.

Para obedecer, tenía que pasar Victoria muy cerca de ella, y como ella no cedía el paso, se escurrió sin cuidado de no rozarla, ahogándose de cólera, ciega, tan ciega, que tropezó en la puerta con Josecito, que venía a buscarla para el paseo, y le apartó furiosa, sin darle respuesta ni disculpa.

— Pero ¿qué tiene Victoria?, dijo el maído entrando en el pabellón.

— ¿Qué tiene?, contestó la señora esforzándose por calmar la emoción del duelo. Nada, lo de siempre; buena está tu mujer, buena...

Cerró la puerta y empujó al nieto hacia el encerrado del fondo, que custodiaba el horrible esqueleto pintado sobre la pared tan propiamente, que fuera el terror de los chiquillos si la costumbre de verle no engendrara la familiaridad y diese ocasión a la chacota. Josecito comprendió que se preparaba un interrogatorio en toda regla, y se sentó en un banco, sumiso, como alumno que va a decir su lección; y haciendo el ademán suyo familiar, de golpear las rótulas con las palmas abiertas, se rió neciamente...

— ¡Já, já... Ya sé lo que me va a preguntar usted, abuela: soy más inteligente de lo que usted cree...

— ¡Já, já; me va usted a preguntar lo que ocurrió esta mañana: pues lo que ocurrió fué que ella no quería levantarse porque tenía sueño, y yo quería que se levantara, ¡vaya! yo quería dar un paseo hasta Ombú, y ella que no y yo que sí. ¡Siempre me ha de contrariar, abuela! Pues no había quien la levantara, haciéndose la dormida, y entonces la eché un jarro de agua en la cara, ¡zas!, y la puse caladita... ¡Qué risa! Al sentirse mojada, se levantó enojadísima; ¡como si no fuera mi mujer, y no pudiera yo hacer con ella lo que me dé la gana! ¿Para qué se ha casado conmigo? ¿Qué es lo que se ha figurado? ¡Tiene gracia! ¿De qué me vale a mí ser el marido? Lo que hay es que no me quiere, que nunca me ha querido... Es más fría que un mármol...

Misia Justa, que le escuchaba armada de un buen trozo de tiza, borró con el sucio guiñapo depositado en el reborde del pizarrón los números y garabatos, y escribió rápidamente la respuesta:

— A buena hora te acuerdas. Haberlo pensado cuando te metiste en casa de los Stuart, y te dejaste atrapar como un inocente. Fastídate.

Escribía y borraba; y tan hecho estaba el sordo a aquel sistema de conversación, que antes que la mano de la abuela terminara la frase, ya él la había leído entera y sin tropiezo.

— Fastídate, seguía escribiendo misia Justa, que no eres tú solo el que lo pagas, sino todos nosotros. Pero no es eso lo que iba a preguntarte: lo de esta mañana se parece a lo de ayer, a lo de anteayer y lo de siempre; la falta de cariño, el corazón de hielo, la pésima educación, las viejas mañas de tu mujer, como que se ha criado sin madre, son cosas muy sabidas...

Pasó de golpe el trapo sobre lo escrito y formuló esta pregunta:

- ¿Te has enterado de que tu mujer es bonita?
- ¡Jú, jú!, exclamó el sordo aporreando la rodilla derecha, ¡qué pregunta, abuela; si no soy ciego!

Y la señora continuó escribiendo:
- Puesto que sabes que es bonita, deberías saber también que las mujeres bonitas son las menos á propósito para esposas legítimas, porque hay que guardarlas de la codicia ajena y disponer de autoridad bastante para obligarlas á que se guarden ellas mismas... Cuando una mujer bonita no quiere á su marido, está á dos dedos de dejarse llevar por otro... Y hay zanguangos sin conciencia que del noveno mandamiento hacen una profesión...

Josecito leía é iba poniéndose muy serio. Al llegar á la última letra se impacientó.

- Bueno, ¿y qué me dice usted con eso, abuela?

- Que todo marido, y en particular el dueño de mujer bonita, debe mirar mucho por ella, abrir tamaño ojo, estar siempre en guardia.

- ¿Lo dice usted por Victoria?

- No lo digo por Victoria, ni por nadie, continuó misia Justa apretando más la letra, nerviosa, lo digo en general. Contéstame ahora á esta pregunta: ¿cuando tus visitas de novio, notaste si rondaba otro á Victoria, ó si la había rondado antes?

- No, dijo ingenuamente el joven, Victoria nunca tuvo más novio que yo, y muchas veces le oí decir á mi cuñado que era la muchacha más rara y más fría del mundo.

- ¿Y no observaste, ó supiste por accidente, fuese visita de la casa ó amigo de etiqueta, el hijo de D. Zacarías, Alejo Pardales?

La triza se quebró al trazar este nombre sobre el encerado.

- ¡Qué disparate!, exclamó Josecito, ¡si á Pardales le ha conocido Victoria en el Trigal!

Aunque despuntada, la tiza siguió haciendo preguntas, más rápidas, más concisas.

- En la fiesta de Santa Genoveva, ¿qué notaste?, ¿con quién habló Alejo?, ¿qué dijo Alejo?, ¿qué...

Y de pronto, ante las respuestas indiferentes del sordo, que no comprendía bien, el guinapo borró apresuradamente lo que en su resaltante blancura podía descubrir la velada intención, y misia Justa, con más calma, escribió:

- Te he preguntado esto por nada, por una idea que se me vino, así... Pero voy á darte un consejo: que no olvides que eres el marido de una mujer bonita. Y alguna vez, hoy no, ni mañana, ni pasado, te vayas en tus paseos por el lado de Donato... á ver si sorprendes al *Mandinga*, que se dice está oculto en *La Justa*... Figúrate si le sorprendieras, ¡qué servicio para el partido! ¡El *Mandinga* sorprendido por un Esquendo! Anímate, hijo...

Sacudido por la risa estúpida, Josecito se retorció en el banco. ¡Jú, jú!, ¡qué ocurrencias las de la abuela! ¡Ir á buscar él al *Mandinga* y prenderle! ¡Lo que no hacía toda la partida junta!

- Por el lado de Donato, ya sabes, insistió misia Justa con la tiza, vive ño Camilo, el padre, y la novia, Herminia...

- ¡Bueno!, saltó el sordo. ¿Usted se burla de mí? ¿Para eso me tiene aquí fastidiándome con sus escrituras?

Y se levantó, enfadado, diciendo á voces que se iba á Ombú solo, porque aquel día todos estaban de mala veta. Misia Justa borró lo escrito y con letras muy gordas puso:

- Mal genio; contigo no se puede gastar bromas.

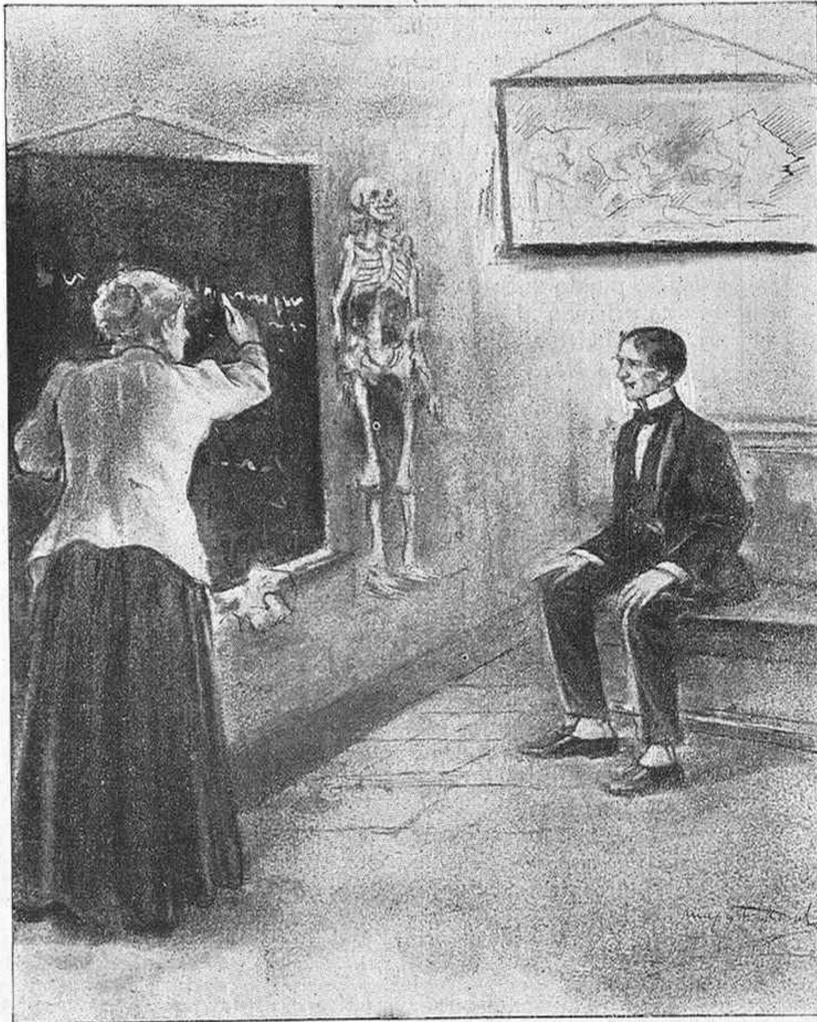
Josecito, como niño enfermizo y mimoso, rezonaba:

- Sí, usted quiere burlarse de mí. ¡Me ha dicho unas cosas tan disparatadas! Me duele la cabeza, porque no comprendo... El *Mandinga*, Alejo, que si Victoria... ¡Ah, sí, ya sé, ya sé! Usted me previene que Victoria..., ¿con el *Mandinga*?, ¿con Alejo?, ¿con quién? Explíqueme usted, abuela. Ya comprendo, ya voy comprendiendo: parece que aquí dentro brilla una luz muy clara...

Se había abalanzado á la señora, y la exaltación le ponía fuera de sí. Densamente pálida, misia Justa escribió de prisa en el encerado, llenó de letras el

espacio negro, borró y volvió á llenarlo, y escribiendo y borrando dijo todo esto al nieto:

- No, has leído mal, has entendido mal; yo no he podido decirte una enormidad semejante, porque sería una grande mentira, y la abuela no dice mentiras. La abuela da consejos, hace advertencias. Lo que la abuela te previene que puede suceder, tú lo tomas por sucedido. No seas así, porque si no la abuela no te hablará más nada y te dejará sumido en tu eterna tontería, y que se rían de ti los demás.



y la señora continuó escribiendo...

Lo del *Mandinga* ha sido una broma, lo de Pardales un poco de curiosidad: no cambies los frenos. En cuanto á que debes vigilar á tu mujer, ¿es la primera vez que te lo advierto? Te lo advertí el primer día que me confiaste tus intenciones casamenteras. ¿Dónde está la luz que te brilla por ahí dentro? ¡Zonzo! Vete á tomar el fresco y déjate de ver luces, como los borrachos.

Mohino, Josecito iba leyendo, y poco á poco se tranquilizaba, y al fin se rió, echando fuera los feos dientes.

- ¡Jú, jú!, exclamó golpeándose ambas rodillas, pues entonces no me venga usted con eso otra vez... Yo no soy zonzo; ya sé, ya sé...

Por temor, sin duda, de que las gotas de desconfianza que acababa de inyectar en aquella alma obscura produjeran mayor efecto y más rápido que el apetecido, misia Justa, arrojando la tiza, se acercó al joven y le palmeó las espaldas, empujándole afectuosamente para que se marchara y se distrajera: el camino de Ombú era el más pintoresco de los alrededores; había de traerla nuevas de la torre de la Iglesia, si la echaron ó no la echaron la montera que le faltaba. Él, que escuchaba muy bien, porque la abuela le hablaba cerca del oído y con voz que afuera debía de oírse, soltaba sus *jú, jú* de complacencia; y entretanto salían de la escuela, sin que en la plazoleta encontraran á nadie, ni traspasase de la casa ruido alguno, sumido todo en el terrorífico silencio que acompaña á los terremotos.

Los pájaros eran los únicos que no callaban, y sabe Dios qué chismes se contaban de rama á rama y qué comentarios hacían de los sucesos de la tarde; el sol, muy alto aún, se velaba entre nubes, acaso por no ver lo que en *La Justa* ocurría. Dijo alegremente Josecito que se marchaba á tomar su *break*, y en la misma puerta de la capilla, adonde la abuela se dirigía, se despidió de ella.

Misia Justa empujó la puerta y la halló cerrada, cosa extraña, porque á aquella hora, las cinco más ó menos, llamaba la campanita para el rosario y sólo al obscurecer el mismo D. Celedonio cerraba, antes de la comida. Fué la señora á la puerta de la sacristía y la halló también cerrada, y cerrados casi todos los huecos de las habitaciones particulares

del capellán. Aunque éste anduviera de paseo, no acostumbraba tapiar de esa manera aquellas dependencias, sino que gustaba de abrirlo todo para que el aire puro ventilase y refrescara libremente. Misia Justa llamó á Blasa.

Blasa informó que no hacía mucho que el padre se paseaba por la plazoleta, lo cual era cierto y la señora podía dar fe de ello; como no estaba en la casa ni se le vió por esos caminos, seguramente debió de encerrarse á pesar del calor. Llamaron entonces, y al segundo golpe por el entreabierto postigo apareció la desencajada y mustia faz de D. Celedonio, que se retiró en seguida tan pronto como descubrió que era la *Nerona* misma quien hasta el fondo de su asilo venía á buscarle, y de la cual ni candados ni cerrojos le librarían. ¡Santa Bárbara bendita! ¡La tormenta iba á reventar sobre su cabeza!

A trompicones salió á abrir el misero, y encorvado por el miedo y el respeto franqueó el paso á la tirana, tartamudeando:

- Sí, señora Justita... Dispense usted, señora Justita... ¡Había cerrado porque no me siento bien...

Mandó la abuela que abriese las ventanas, porque la pesada atmósfera sofocaba, y entró luego que la luz y el aire inundaronlo todo; ya en el despachito del sacerdote se volvió para cerciorarse de que Blasa no la seguía, y sin exordios ni composturas interpeló bruscamente al tembloroso viejo:

- Padre, he despedido á la maestra, ¿sabe usted por qué la he despedido?

- Señora Justita, cómo saber... sí, sé que ha sido despedida, pero por qué... Cuando la señora Justita lo ha hecho...

- Es que he tenido mis razones, sí, padre, ¡y qué razones! La maestra, andaba mezclada en intrigas indecorosas, de las que usted mismo...

- Señora Justita, ¡por Dios!

De las que usted mismo participaba, sin respeto á los hábitos que viste. Usted estaba enterado; usted lo sabía y lo ha callado; sabe algo más, sin duda, y no me lo confiesa... ¿No le dice á usted nada la conciencia?

- Señora Justita, contestó D. Celedonio con dignidad mal sostenida por el temor, mi conciencia me dice que durante los cuatro años que he tenido el honor de desempeñar el cargo que me fué confiado, lo he servido con toda lealtad y dedicación; ni á los deberes de mi ministerio, ni á la señora creo haber faltado, ni de obra ni de palabra. Es cierto que yo sabía que la señorita de Paces y Alejo Pardales, si es á esto á lo que se refiere la señora, mantenían secreta correspondencia, pero con fines honestos, en lo que no cabe crimen ni desdoro para nadie. No sé más que esto; puede creerlo la señora... La señora piensa mal; la señora me acusa sin motivo...

- Padre Celedonio, insistió misia Justa, en la intriga de Clotilde, juega usted un papel muy turbio, su nombre figura en la cartita sorprendida esta tarde; eso no está bien; y como á mí no me agrada, ¡desde este instante queda usted relevado de su cargo!

Oyó la sentencia el pobre hombre, y lo que sintió fué como si le descagaran un palo en mitad de la cabeza.

Tambaleóse, y aferrándose al sillón que más cerca tenía, con voz doliente pretendió ablandar á la implacable *Nerona*, cuya severa figura negra llenaba el despachito entero.

- Después de cuatro años..., ¡cuatro años de leales servicios! Mire lo que hace la señora, y no condene al hambre y á la miseria á un infeliz anciano inocente. Jamás falté á la señora. En las diferencias sensibles que ha traído á la casa la esposa de don Josecito, censurándola como debía, me puse al lado de la señora, y de ello todos son testigos... Reflexione la señora; vuelva de su injusto acuerdo...

- Ya hablaremos de eso, padre. Tiempo habrá, y deseos por mi parte. Entretanto, aténgase á lo dicho, y en esta semana prepárese usted para ser reemplazado.

Dió la espalda en seguida la dictadora; y conforme iba la figura negra saliendo del despachito, que parecía aclararse á medida de sus pasos, se rehizo momentáneamente el triste sacerdote, y prestándole alientos la desesperación, la disparó estas palabras:

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

La telegrafía sin hilos al alcance de los aficionados. - Tintorería. Nuevo reductor «Welt.» Progresos de la química de los colores. - Automóvil M. P. Selmersheim. Automóvil C. S. Rolls. - Aparato químico-automático para la extinción de incendios. - Jabón para lavar á bordo con agua del mar.

Equívocadamente creen muchos que la práctica de la telegrafía sin hilos se basa en el manejo de aparatos costosos y complicados, cuando es precisamente todo lo contrario.

Partiendo de la hipótesis de que la luz, el calor, la electricidad y en general todas las formas de energía no son más que vibraciones de una sustancia imponderable denominada éter (no confundirla con el éter sulfúrico), la cual abarca el universo entero, invadiendo los intersticios moleculares, si disponemos de un aparato productor de ondas eléctricas, se irán éstas ensanchando y difundiendo por el espacio en todas direcciones, y si en su vertiginosa carrera encuentran un aparato receptor que acuse su instantánea presencia, cuantas ondas se produzcan en la estación transmisora marcarán su llegada al aparato de recepción, dejando en el mismo una huella sensible de su paso, de igual manera que las ondas acústicas y las radiaciones luminosas impresionan el oído y la retina, que constituyen los receptores de la luz y del sonido.

El ilustre Hertz indicó una manera muy sencilla para producir ondas eléctricas con un aparato de su invención denominado radiador, que es casi exacto á los que emplea Marconi en sus estaciones transmisoras. Está formado (fig. 1) por una bobina B, cuyo hilo inducido se une á dos esferas A y B, de 1'10 metros de diámetro, introducidas por mitad en el tubo T, lleno de aceite; las otras dos mitades se hallan al aire libre y terminan en dos pequeñas esferillas.

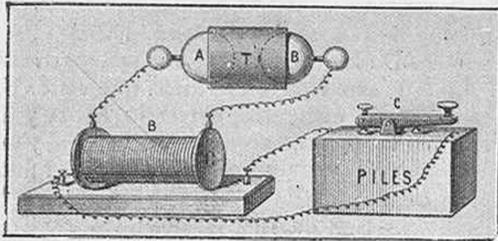


Fig. 1. - Transmisor Marconi

Para construir un transmisor de aficionado (fig. 2) se toma una pila de mucho gasto, de bicromato potásico, por ejemplo, y un carrete de Ruhmkorf de los pequeños: se quitan los tornillos de los extremos del secundario de la bobina, reemplazando uno de ellos por una varilla de latón A, de 40 á 50 centímetros, en cuya parte inferior se fija un brazo b, terminado en una esfera; el otro tornillo está substituído por un brazo b', terminado en un mango m de madera

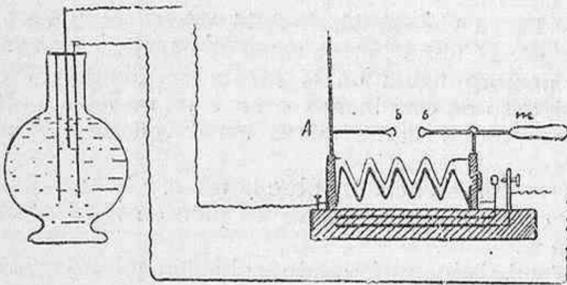


Fig. 2. - Transmisor de aficionado

que permite aproximar ó separar las esferillas para que la descarga producida entre las mismas sea oscilante y pueda producir ondas hertzianas. La chispa oscilante debe ser larga, blanca y ruidosa, pues las chispas eléctricas amarillas cortas y ramificadas son excelentes para producir una explosión, pero no son oscilantes. Hay que quitar de vez en cuando con papel de lija el óxido formado por las descargas.

Introduciendo el cinc de la pila en el electrolito, por más ó menos tiempo, se obtienen emisiones largas ó cortas, que constituyen las señales Morse en el aparato receptor (fig. 3), el cual se basa en la propiedad de las substancias conductoras que al presentarse en forma finamente pulverizada, como, por ejemplo, los polvos ó limaduras metálicas, ofrecen gran resistencia al paso de la corriente eléctrica, mientras que al hallarse bajo la influencia de una onda hertziana, adquieren inmediatamente una cohesión tal, que permiten el paso de la corriente del

circuito en que están interpuestas y se interrumpe de nuevo la corriente al cesar la influencia de la onda eléctrica.

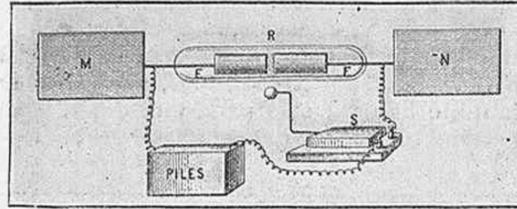


Fig. 3. - Receptor Marconi

Las limaduras de plata y níquel colocadas en el vacío dentro de un tubo de cristal R, en el espacio de medio milímetro que separa dos tubos de plata colocados en el mismo, constituyen el aparato denominado cohesor ó tubo de Branly, siendo á la vez la parte esencial y la más cara del mismo, que un aficionado puede substituir fácilmente (fig. 4) tomando dos prismas A y B de carbón de retorta, que se pueden obtener separando el anodo de una pila vieja; se perforan transversalmente en cuatro ó cin-

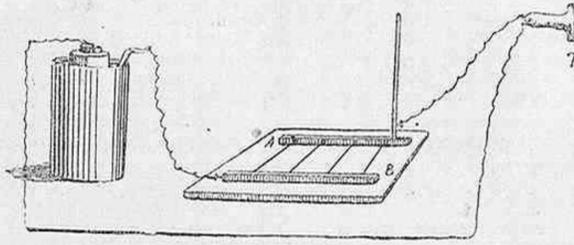


Fig. 4. - Receptor de aficionado

co puntos y se colocan paralelos sobre una plancha de madera, después de enlazarlos con cuatro ó cinco agujas, según indica la figura.

Otro sencillo cohesor consiste en una placa de carbón pegada á una tablita, entre dos varillas metálicas verticales unidas por un fino alambre que atraviesa tres ó cuatro agujas, cuyas puntas descansan sobre el carbón. Una de las varillas más larga que la otra, hace las veces de antena receptora.

Colocado el cohesor en un circuito formado por un elemento Leclanché de poca tensión, en el cual se haya reemplazado la sal amoníaco (cloruro amónico) por el cloruro de sodio (sal de cocina) y el cinc por una varilla de hierro y montado en serie con una campanilla S, ó con un receptor telefónico T, se perciben perfectamente las señales del transmisor.

Hay que tener la precaución de enlazar con tierra cada una de las estaciones por el borne en que no esté la antena.

Por este sencillo procedimiento pueden los aficionados construirse telégrafos económicos sin hilo conductor, para su uso particular, con un alcance de varios centenares de metros.

La rivalidad constante entre franceses y alemanes se manifiesta en todas las esferas.

Acababan los primeros de cantar victoria por el descubrimiento notable, hecho por uno de sus químicos, de una nueva sustancia reductora, presentada en forma de pasta, que tiene sobre el cinc en polvo (*preparat de tina*) la enorme ventaja de ser más enérgico, de reducir el añil ó índigo azul insoluble convirtiéndolo en índigo blanco soluble, sin pérdida del mismo, y de no necesitar el último lavado ácido de la tela, para la eliminación del cinc y de la cal, cuando un sabio alemán presenta un nuevo producto á la palestra industrial, que no tan sólo reúne las buenas condiciones del francés, para ser empleado en tintorería, sino que además, como su mismo nombre *Welt* lo indica, es un reductor universal, que lo mismo puede aplicarse en la reducción del añil, como substituto del cinc en polvo y en general para la reducción y el corroido de materias colorantes, como el azul de alizarina, la *ceruleína*, el azul *indofenol*, la *galocianina*, etc., que con el nuevo producto pueden emplearse en la tina, ya solas, ya mezcladas con el índigo, sino que puede tener muy diversas aplicaciones, toda vez que el reductor *Welt* sirve lo mismo para la decoloración de jugos azucarados y para debilitar ciertos baños tintóreos, que para el blanqueo de las pastas de papel y de las fibras textiles, como substituto del cloruro de cal, producto molesto y peligroso por el desprendimiento constante del tóxico cloro gaseoso y de los temibles baños de ácidos corrosivos que se emplean á veces en el blanqueo.

Por los ensayos verificados hasta hoy en Alemania, se puede augurar al nuevo reductor *Welt* un porvenir industrial de gran alcance y útil aplicación.

Los maravillosos progresos de la Química nos ofrecen cada día nuevas substancias colorantes que apenas entradas en el dominio de la práctica industrial, son substituídas por otras similares de más reciente invención y mayor estabilidad, por su resistencia á los ácidos, á los álcalis y á la luz.

Los nuevos colores derivados del índigo, los negros directos, la conservación del negro de anilina, cuyo defecto de enverdecer, á la vuelta de algún tiempo, se corrige por la adición de *amidás* como la *metanitranilina*, los colorantes azoicos azules de gran permanencia derivados de las safraninas, los colorantes sulfurados de la *indulina* y los nuevos procedimientos para el teñido de la media-lana y de la media-seda constituyen los últimos adelantos de la química de los colores aplicables á la tintorería.

**

Los inventores de automóviles se han preocupado, hasta hoy, mucho más de las grandes velocidades, que de la estética y comodidades de los mismos. M. P. Selmersheim acaba de construir un modelo original (fig. 5), que sobre resguardar, en absoluto, á los excursionistas del aire, del polvo y de la lluvia, ofrece la ventaja de tener en su parte superior un departamento especial para el *chauffeur*, desde donde puede éste dominar en absoluto el camino y el vehículo. En su parte posterior hay un departamento destinado á los equipajes.

El automóvil Selmersheim constituye una idea muy útil y original á un mismo tiempo.

Notable desde el punto de vista de la velocidad es el automóvil de C. S. Rolls (fig. 6), que recientemente se ha ensayado en una posesión del duque de Portland en Wellbeck (Inglaterra), y que ha de tomar parte en la próxima carrera de París-Madrid, que tanto interés ha despertado en el mundo automovilista.

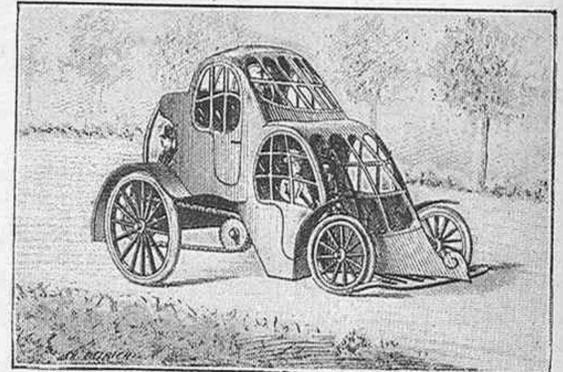


Fig. 5. - Automóvil M. P. Selmersheim

En las pruebas verificadas, Mr. Rolls, una de las personalidades más conocidas entre los deportistas ingleses, recorrió en veintisiete segundos un kilómetro, lo que da una velocidad de más de 120 kilómetros por hora.

El automóvil en cuestión lleva un motor de 80 caballos, ha sido construído en Francia y tiene, co-

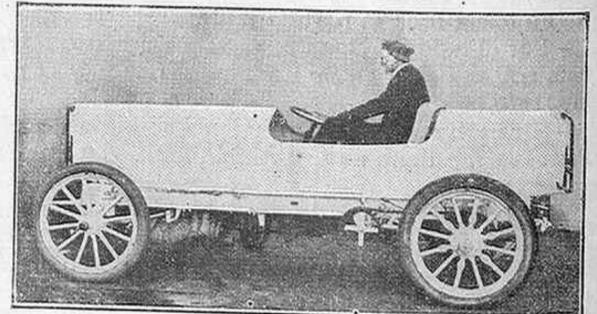


Fig. 6. - Automóvil de C. S. Rolls, de 80 caballos de fuerza y de una velocidad de más de 120 kilómetros

mo puede verse en el grabado, la forma de un bote con la quilla hacia arriba.

**

Poseemos desde hace ya bastante tiempo ingeniosos y prácticos avisadores de incendios, ó mejor dicho, de elevadas temperaturas. Uno de los mejores, el avisador «Fénix», se debe á la notable inventiva del laborioso industrial gerundense Sr. Vila, que, por haber merecido la aprobación de una co-

misión técnica de Marina, ha sido adoptado oficialmente en nuestros buques de guerra.

Los extintores de incendios vienen á ser el complemento de los avisadores, toda vez que, al mismo tiempo que advierten el peligro, extinguen con sus líquidos y gases incombustibles el incendio en sus principios.

El notable aparato inventado por L. Werlün actúa, como sus similares, por la acción química de un ácido sobre un álcali, con producción de gas, cuya elevada presión expulsa el líquido alcalino, en forma de finísimas gotas, fuera del aparato (fig. 7).

El depósito A, de doble pared lateral, va provisto de una solución alcalina.

El recipiente B, lleno de ácido, está cerrado, por su parte superior, por una finísima hoja de estaño. Los perdigones están sostenidos en X por los soportes FF. Al fundirse la cera que sostiene estos soportes, por la elevada temperatura del recinto, caen los perdigones accionando una palanca D que cierra un circuito en comunicación con un timbre de alarma: los perdigones al caer rompen la cubierta de estaño H del depósito B, cuyo ácido se vierte sobre el líquido alcalino y produce una enorme cantidad de gas, cuya presión ocasiona la salida forzosa del líquido pulverizado, por K y P, que apaga el fuego alrededor del aparato. Una vez expulsado el

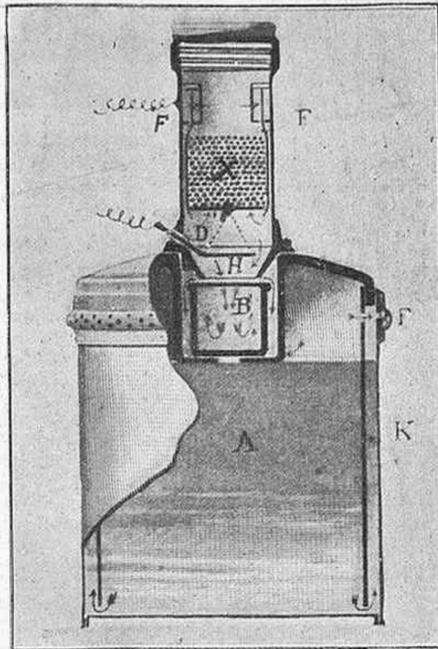


Fig. 7. - Aparato químico-automático para la extinción de incendios

líquido, el gas incombustible, que se precipita al exterior, termina la obra de extinción.

Una de las molestias de los navegantes, consiste en tener que llevar constantemente una considerable cantidad de agua dulce para el lavado á bordo.

Los químicos MM. Bataire y Cottard acaban de resolver satisfactoriamente este problema inventando un jabón especial que permite, en el lavado, el empleo del agua del mar.

El nuevo jabón se fabrica añadiendo aceite de coco ó de palma á una lejía caliente de sosa cáustica. Efectuada la mezcla, se le añade, también en caliente, resina en polvo y luego una decocción de algas marinas, del género *fucus crispus*: cuando la masa es homogénea y tiene la debida consistencia, se coloca en moldes adecuados.

El jabón así preparado se comporta con el agua del mar, lo mismo que el jabón ordinario con el agua dulce, constituyendo un adelanto de grandísima utilidad para los marinos.

AL'LER-WILL.

Barcelona, mayo de 1903.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

APIOLINA CHAPOTEAUT SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

HARINA LACTEADA.

Alimento completo

NESTLE

para NIÑOS y ANCIANOS.

Contiene la Leche pura de Suiza.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 182, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*; la *Clorosis*; la *Anemia*; el *Apocamiento*; las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el *PILVORE DUSSEY*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

ALBUM DE MINERVA. FIESTAS ESCOLARES DE GUATEMALA. - En conmemoración de las fiestas escolares, que por virtud del decreto dado en 1899 por el Presidente de la República Sr. Estrada, se celebran anualmente en Guatemala, se ha publicado un voluminoso álbum, lujosamente impreso é ilustrado con multitud de fotograbados, que contiene innumerables autógrafos de las más ilustres personalidades de Europa y América y otra multitud de interesantes originales, discursos, ecos de la prensa, etc. Es un libro que por su fondo y por su forma honra al Estado guatemalteco, que lo ha publicado, y á la Tipografía Nacional, á cuyo cargo han corrido los fotograbados y la impresión.

A TRAVÉS DE LA AMÉRICA DEL SUR. EXPLORACIONES DE LOS HERMANOS REYES. - Nuestro amigo y corresponsal en México, el conocido editor de esta ciudad D. Ramón de S. N. Araluce, ha publicado en edición de gran lujo el relato de las exploraciones y viajes de los ilustrados colombianos hermanos Reyes, relato interesante como una novela é instructivo como un libro de ciencia, que se publicó simplificado en el *New York Herald* y en la casi totalidad de los periódicos de América, siendo en todas partes acogido con entusiasmo. Para comprender la importancia de las exploraciones de los hermanos Reyes, dos de los cuales fallecieron, víctimas el uno de la fiebre y el otro de los antropófagos, bastará decir que el trabajo de D. Rafael Reyes, el Stanley americano, como se le llama, ha sido la base de una de las más grandiosas obras del pasado siglo, el ferrocarril intercontinental, que ha de facilitar la explotación de territorios reconocidos como los más ricos del mundo. El libro, escrito en estilo sencillo, severo, como corresponde á obras de esta índole, lleva un gran mapa, tirado á cinco tintas, levantado sobre el terreno por el mismo autor, y forma un tomo en folio de más de cien páginas, impreso á dos columnas en castellano, francés, inglés y alemán y encuadernado en elegante tapa de tela en colores.

¡HUÉRFANA!, por *Eugenio Antonio Flores.* - El interés del argumento, la naturalidad con que se desarrolla la acción, la verdad con que aparecen estudiados los personajes y desarrolladas las pasiones que los mueven y el estilo, sencillo unas veces, vigoroso otras y siempre correcto, hacen recomendable esta novela de costumbres, que forma parte de la popular Biblioteca Diamante del editor barcelonés D. Antonio López y que se vende á dos reales.



Los hijos de los Príncipes de Gales, príncipes Alberto, Enrique, Victoria Alejandra, Eduardo Alberto y Jorge (de fotografía de T. Ralph)

CASTELAR, por *Tomás Zúñiga Montúfar.* - En la noche del 18 de octubre de 1902 celebró se en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica una velada literaria á beneficio del monumento que ha de erigirse en España á D. Emilio Castelar, y en ella el conocido literato costarricense Sr. Zúñiga leyó un elocuente discurso, en el que en brillantes párrafos, abundantes en imágenes y bellos pensamientos, hace un concienzudo estudio de la personalidad literaria y política del ilustre tribuno. Este discurso ha sido impreso en un folleto en la Tipografía Nacional de San José.

ENSAYOS DE CRÍTICA É HISTORIA Y OTROS ESCRITOS, por *Alberto Nin Frías.* - Los artículos comprendidos en este tomo versan sobre filosofía, religión y literatura, y en todos ellos se revelan un alma que rinde culto á los más nobles ideales, una inteligencia cultivada, exenta de prejuicios é imparcial en sus apreciaciones y sobre todo una sinceridad que pocas veces se encuentra en escritores del género del Sr. Nin y Frías, más ganosos de lograr fama dejándose llevar por las corrientes de la moda, que de labrarse un nombre con la exposición de ideas y sentimientos verdaderamente propios. El libro, impreso en Montevideo en la imprenta de A. Barreiro y Ramos, se vende á un peso.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista mensual ilustrada; *Pel y Ploma*, revista mensual ilustrada; *Hispania*, revista quincenal ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *La Medicina Científica*, revista mensual; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada; *Archivos de Terapéutica de las enfermedades nerviosas y mentales*, revista quincenal ilustrada; *Contra la tisis*, nota mensual; *La Opinión Postal*; *Boletín Cartésio Artístico-literario*, revista trimestral ilustrada (Barcelona); *Boletín del Museo Biblioteca Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Helios*, revista mensual; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Revista Jurídica*, semanal; *La mujer en casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *La Fraternidad*, revista quincenal (Santi-Spiritus, Cuba); *Revista de la Sociedad Jurídico-literaria*, mensual (Quito, Ecuador); *El Sport Ilustrado*, revista quincenal (Valparaíso, Chile); *Chile ilustrado*, revista mensual (Santiago de Chile).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B. BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frascos 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
en Paris
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès.
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA,
SARPULLIDOS, TEZ BARHOSA,
ARRUGAS PRECOCES,
EFLORESCENCIAS,
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES & Co. B. St-Denis, 19

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc.,
se curan con el Rob Boyveau-Lafec-
teur célebre depurativo vegetal pres-
crito por todos los medicos. Para
evitar las falsificaciones ineficaces,
exigir el legitimo. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curada por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas
Reconstituyente
prescrito por los medicos, con base
de Vino generoso de Andalucia pre-
parado con jugo de carne y las cor-
tezas más ricas de quina es soberano
en los casos de: Enfermedades del
Estómago y de los Intestinos, Con-
valecencias, Continuación de Partos, Mov-
mientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 115
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente
á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz. - Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.